

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

1869. — Tomo XXXIII.

AÑO 28. — N° 850.

SUMARIO.

La hiena; grabado. — **Revista española**. — **Poesías**. — **Las metaladoras**; grabado. — **Paisaje de las Ardenas**; grabado. — **Revista de Paris**. — **Recuerdos históricos**. — **El nuevo Paris**; grabados. — **Pablo y Virginia**; grabados. — **El falso Profeta**. — **Los grandes establecimientos de la marina imperial de Francia**; grabados. — **Allan Kardec**; grabado. — **Visita del virey de Egipto al istmo de Suez**; grabado. — **Manuela**, novela original por **Eugenio Diaz**. — **Un dibujo original de Rossini**; grabado.

La hiena.

No hay fiera de mas feo aspecto que la hiena, con un pelaje de un gris sucio, y que se eriza lo mismo que las cerdas del jabali: las bandas negras que tiene no le dan una armonia agradable á la vista. La cabeza y el cuello son desproporcionados en grueso y en largo con lo restante del cuerpo. El cuarto trasero es mas bajo que el delantero, y de aquí la marcha pesada que tiene la hiena. Como una particularidad notable, añadiremos que la hiena lleva casi siempre la cabeza baja y los

párpados medio cerrados. M. Romieu, que ha dejado en Paris la reputacion de un hombre de talento, y que profesaba por la hiena una especie de admiracion, supone que es miope; pero no lo creemos. Es un carnívoro nictálope, y como todos los de su especie, esconde la cara de la luz del sol. Prefiere la oscuridad á la claridad deslumbradora.

Esto no quiere decir que pase el dia en sus madrigueras. En cuanto el olorillo de un cadáver la despierta en su sueño, corre al través de los cactus, los osfodelos y las palmeras negras de la campiña africana, en busca de la presa. Las batallas son para ella grandes



La hiena.

festines. El cadáver, la carne muerta y putrefacta la agrada y á veces desentierra los muertos. Es de ver cuando llega al campo de la acción cubierto aun con los restos abandonados por los tristes héroes del sangriento drama. No va entonces con la cabeza baja y rozando con su hocico en el suelo. Al contrario se muestra erguida, olfateando el viento en todas direcciones, pues lo primero que hace es juzgar si podrá satisfacer libremente su glotonería.

Este momento ha elegido nuestro dibujante para representarla en la primera página de este número.

La hiena rara vez anda sola, pues cuando no forma parte de un grupo, tiene cuando menos una compañera que la sigue y la segunda en sus expediciones nocturnas. Así se explican las devastaciones de sepulcros que entre dos soles, se observan á veces en los campos africanos. Siempre se descubre allí el trabajo de muchas patas y de muchos hocicos.

Como la mayor parte de los carnívoros que prefieren la carne muerta á la viva, la hiena tiene fama de cobarde. Lo cierto es que su encuentro no es peligroso, aun cuando vayan muchas juntas, si el hombre sabe conservar su sangre fría. Unos cuantos gritos y unos cuantos palos la ponen en fuga. En todas sus expediciones procede por sorpresa. En cuanto se ve descubierta, lo único que quiere es salir intacta del apuro. Frecuentemente sigue de lejos al león cuando este va de caza, y se aprovecha de los desperdicios que él abandona en el desierto; pero el león mira á la hiena con el desden mas profundo.

J. B.

Revista española.

La política por fuerza. — Diálogos que pintan la situación del país. — Una providencia especial. — Una escena en la calle. — Un conflicto en el Congreso. — El arco-iris. — Los audaces. — La cuestión religiosa. — Las costumbres del pueblo. — Los voluntarios catalanes.

Yo no soy político... ¡Dios me libre de serlo! pero como las letras y las artes andan huidas, como los teatros no ofrecen mas espectáculo que el *Can-can*, como los salones están cerrados, como todo el mundo se preocupa de la cosa pública, no tengo mas remedio, si he de contar á Vds. lo que pasa en España, que hablarles de política.

No es como se pinta la fisonomía de un pueblo, describiéndola: mejor es oír á cada cual expresar sus ideas, definir su carácter con sus actos.

De este modo se distrae el ánimo y se logra el objeto deseado.

Por mi parte declaro que espero poco ya de la revolución de setiembre.

Las ideas están muy lejos de las personas.

Por de pronto la situación del país es angustiosa.

Pregunten Vds. á cualquiera, qué tal le va.

— Calle Vd. por Dios, hombre, dirá, estoy desesperado... no sé qué hacer.

— Empezar negocios.

— ¿Cuáles?

— En España se ofrecen millares de ellos á la especulación. Compre Vd. bienes nacionales, mejore Vd. las fincas.

— Están las cosas de tal modo, que conforme puede triunfar la República, puede triunfar el absolutismo, y si triunfa, no le quiero á Vd. decir lo que les pasará á los que tienen bienes nacionales.

— Adquiéralos Vd. de propios.

— Para que se los repartan mis convecinos si las ideas socialistas llegan hasta allí; no en mis días.

— Pues compre Vd. casas particulares; hoy se venden por poco dinero, y si son viejas mejor. Las derriba usted, las reedifica...

— Y el mejor día se arma una tremolina, y los piés derechos y los ladrillos sirven para barricadas ó para que se los repartan los que andan en esos casos, á rio revuelto.

— Comercie usted.

— ¿Quiere Vd. que haga pedidos al extranjero, que arriesgue un capital, para que á los dos días de haber pagado los derechos en las aduanas se decreta el libre-cambio y venda un vecino mio á dos lo que yo no podría dar mas que á diez?

— Dedique Vd. su dinero á una industria: las primeras materias son excelentes en España, da Vd. trabajo á los jornaleros, y...

— Digo lo mismo: establezco una industria, que es en mis manos y en España un niño en mantillas, y á lo mejor abre el gobierno la puerta á la industria extranjera, que es un monstruo; y se traga en un decir Jesús á mi criatura.

— Construya Vd. casas para las clases obreras.

— En estos tiempos en que domina la política, la mayor parte de los operarios hablan mas que trabajan, y luego, como entienden la libertad á su modo, si dan en no pagar la casa, aunque sea barata...

— ¿Por qué no se une Vd. con otros capitalistas y consagran Vds. sus capitales á desmontar terrenos, á propagar la agricultura?

— ¿Sabemos todavía las leyes que regirán, qué espíritu dominará?

— El año se presenta bien, si prestara Vd. simiente á los labradores, ellos ganarian y Vd. tambien.

— No lo dudo. La cosecha seria excelente, porque la tierra está para ello, pero ¿y si la guerra civil se enciende, y los campos llenos de fruto perecen bajo las herraduras de los caballos, ó los devastan los soldados de una y otra causa?

— Compre Vd. al menos papel del Estado; eso produce.

— Y si esa amenaza de quemar el *Gran libro* llega á realizarse ¿qué hace uno? Créame Vd., el dinero no sale de su escondrijo sin hacer detenidos cálculos. ¿Quién puede asegurar lo que sucederá mañana?

Esta conversacion, con alguna que otra variante, es el pan nuestro de cada día.

Cada momento teme uno una asonada, apenas se oye un grito ó un golpe en la calle se asoman los vecinos á los balcones, aunque con recelo, temerosos de ver el principio del fin.

Lo peor es que esta continua alarma aleja á las personas ricas y retrae á los capitalistas, que con un poco de paz podrían hacer su agosto en España, labrando nuestra ventura.

Peró á pesar de todo vamos viviendo, y aun hay días en los que vemos el horizonte de color de rosa.

Guizot, el célebre hombre de Estado francés, dice que hay para España una Providencia especial.

Sin duda reemplaza entre nosotros á la lógica.

De cualquier modo no es posible negar que existe.

Un revisero contaba hace poco esta anécdota:

Dos ó tres meses antes de la revolución de setiembre, pasó una escena que voy á referir á ustedes.

El alegre pueblo de Madrid salía de su funcion favorita, de los toros, y la calle de Recoletos estaba literalmente llena de gente que se retiraba á sus casas comentando los episodios de la lidia.

De pronto, un coche á todo escape alarma á los transeuntes, que al dejarle paso murmuraban contra el cochero.

Un infeliz hombre del pueblo cae á los piés de los caballos; el cochero arrea y el carruaje continúa su marcha, dejando en tierra al pobre herido.

— ¡A ese!

— ¡Parad el coche!

— ¡Matad al cochero!

En estos y otros gritos que no pueden escribirse, prorrumpieron los que presenciaron la escena; y no contentos con gritar, corrieron muchos á detener el coche.

El carruaje se detuvo, y abriendo la portezuela, se apeó un caballero de cincuenta años, de pequeña estatura, de gran volumen, de mirada de águila, y encarándose con los que querían detener al cochero:

— Vamos á ver, exclamó, ¿quién se atreve á acercarse á mi?

Uno de los circunstantes le conoció.

— ¡Es Gonzalez Bravo! dijo.

La voz corrió con rapidez eléctrica, y en menos de un minuto se quedó la calle en completa soledad.

Los valientes habian escurrido el bulto.

Solo y en tierra yacia el pobre herido.

El que entonces era presidente del Consejo de ministros, saboreando su triunfo, miró á todas partes, se acercó pausadamente al herido, sacó una tarjeta y se la entregó.

Sin duda le diria:

— Vaya Vd. á verme y le daré un empleo.

Algun tiempo despues la marina y el ejército conseguían el triunfo de la Soberanía nacional: millares de patriotas gritaban, y aunque no habia con quien luchar, en un decir Jesús se armaron todos de punta en blanco.

— ¡Adios mi dinero! se dijeron todos los que tenían algo que perder.

Y aquellas armas que parecían llamadas á destruir, conservaron aun en manos de los mas descamisados, no solo el orden público, sino la seguridad personal.

Mas tarde tiene el gobierno que desarmar á la milicia de Cádiz y de Málaga. En Madrid se amotinaron los trabajadores, el temor se apodera de nuestro ánimo, y la milicia nacional vuelve á decir: Aquí estoy yo, ó lo que es lo mismo, aquí está el orden.

¡Diganme Vds. en qué país del mundo suceden estas cosas!

Pues bien: todos estos recuerdos de hechos extraordinarios, incomprensibles, sobrenaturales, me sirven para demostrar que M. Guizot tiene razon.

Otra prueba podia alegar.

La mayoría de la Cámara tendió por medio de una proposición una verdadera red á la minoría.

Hubo un conflicto.

La gente se alarmó, no sin razon.

— Pues señor, me dije yo, de esta hecha los republicanos protestan y se marchan. Sus partidarios se indignan y echan los trastos por la ventana. El poder ejecutivo no tiene mas remedio que recurrir á la fuerza, aprovechándose de esta lucha entre hermanos, echan su cuarto á espaldas los *cuñados*, vulgo enemigos de lo existente, se arma la gresca, la fuerza sustituye á la razon. ¡Adios Cortés, adios libertad, adios revolución!

Confiesen Vds. que esto era lo natural, lo lógico, las consecuencias de las premisas.

Afortunadamente la Providencia vino en nuestro auxilio.

Los republicanos al saber la determinacion de la mayoría, se reúnen tambien, y formulan su acuerdo en estos términos:

— Nos quieren ligar las manos: no importa, mientras nos dejen expedita la lengua, asistiremos á la Cámara,

proclamaremos nuestras doctrinas, esgrimiremos la palabra y el país nos juzgará.

— ¿Sí? exclama la mayoría, pues á generosidad no habeis de ganarnos. Desde el momento en que no recurris á la violencia, nos volvemos atrás. La proposición pasará á la comision de reglamento, ó lo que es lo mismo, quedará trasapelada.

— ¡Vengan esos cinco!

— ¡Ahí van!

— Quedamos en que somos enemigos políticos y amigos particulares. Nuestro porvenir depende pues de que los padres de la patria estén de buen humor ó tengan bilis.

Mientras se den la mano, iremos tirando; cuando se vuelvan las espaldas, tirarán ellos de nosotros.

Entre tanto, puede decirse que en buenas costumbres hemos ganado poco.

Yo me hice ilusiones al principio: me voy desengañando.

Hoy como ayer, el que tiene amistad ó parentesco con un personaje influyente, el que sabe vivir ó conoce la aguja de marear, que es lo mismo, vive sobre el país, y ancha es Castilla.

Hoy mismo se ve esto en pequeño á cada instante.

Comete una falta de lesa policía un individuo, ensuciando las calles ó contraviniendo cualquiera de las prescripciones que tienden á hacernos parecer hombres civilizados.

Pasa un celador, le ve, y ¡cosa rara! del adorno que lleva en su cabeza depende que haga la vista gorda ó le dé una reprensión como para él solo.

— ¿Cómo es eso? dirán mis lectores.

— Muy sencillo. Lleva el contraventor el kópis que usan los milicianos, aunque no lo sea, y el celador no se atreve á decirle una palabra por temor de inferir una ofensa á la milicia nacional.

Así es que están las calles de Madrid que no es posible verlas, y mucho menos olerlas con calma.

Lo que pasa en este ramo, pasa en los demás.

— ¿A dónde va Vd.? dice el portero de un ministerio á un atrevido que quiere pasar sin anunciarse siquiera.

— Voy adonde tengo por conveniente.

— Caballero, es que...

— ¿No me conoce usted?

— No, señor, y la orden...

— Para mí no hay órdenes que valgan... Voy á ver al subsecretario.

— ¡Imposible!...

— ¿Imposible? lo veremos.

— Oiga usted.

— Venga Vd. conmigo y se convencerá.

Entra en el despacho del subsecretario.

— Diga Vd. al portero, exclama, que otra vez no me impida el paso.

El subsecretario riñe al portero.

— El señor es un diputado ó un periodista, exclama, y ha debido Vd. conocerlo.

El portero se va.

— Perdone Vd. á ese cernicalo, añade.

Al salir el portero encuentra á un infeliz cesante cargado de años y de méritos.

— Caballero, le dice el cesante con humildad, estimaria á Vd. pasase esta tarjeta...

— Yo no paso nada, dice el portero descargando su mal humor en el infeliz.

— Es que el subsecretario me ha ofrecido...

— ¡Que no paso nada, vaya!... ¡Estos hombres son lo mas pesado!...

— Me ha citado el subsecretario...

— Ahora está ocupado.

— ¿Cuándo se desocupará?

— Á las tres de la madrugada.

— Esperaré...

— ¡Es Vd. lo mas posma!

En esto sale el que antes ha tratado al portero á batatazos.

— Que Vd. lo pase bien, dice el esclavo de la adulacion, haciéndole mil reverencias; para otra vez ya lo sé...

¡Miserable condicion humana!

La audacia y la bajeza de unos pocos causan la desventura de muchos.

La cuestión religiosa tiene soliviantados los ánimos, es natural que esto suceda.

Para dar una idea de lo que pasa, voy á referir una escena que he oido en un pueblo próximo á Madrid, donde he pasado dos ó tres días.

— ¿Qué hay de la cuestión religiosa? preguntaron al maestro de escuela.

— En las Cortes los unos quieren que se separe la Iglesia del Estado, otros que la nacion tenga una religion, sin perjuicio de permitir á cada cual que profese la que le hayan enseñado sus padres, y otros por último, desean que nos dejemos de discusiones, y á vivir.

— ¿Y qué opina Vd. de esto, señor maestro?

— Yo lo que opino es que no me pagan mi haber porque no hay dinero, que no hay dinero porque no hay juicio, y que cuando la cabeza está mala... pues, ya me entienden ustedes.

— El dómine no es voto en la materia, porque es parte interesada. Don Lucas, que ha corrido mucho mundo, podrá explicarnos...

— ¿Qué?

— Lo que significa todo eso.

— Procuraré complacer á ustedes.

— En primer lugar ¿qué significa eso de separacion entre la Iglesia y el Estado?

— Eso significa que la nacion considera la religion como una ciencia, como una necesidad intelectual; pero se dice: «¿Qué necesidad tengo yo de profesar una religion? no, señor. Profesándola yo y sosteniéndola, gasto dinero, y es mas económico no tener religion. Aun hay mas: entre los individuos que me componen los hay católicos, protestantes, judíos, ateos, cuáqueros, espiritistas, adoradores del fuego, antropófagos, etc., no profesando religion alguna estoy bien con todos, y les doy eso que se llama libertad de cultos.»

— ¿Qué atrocidad!... ¿Eso es la libertad de cultos?

— Ni mas ni menos.

— Con la separacion de la Iglesia del Estado, la religion viene á ser lo que la medicina. Que necesita su conciencia de Vd. consuelos, llama Vd. á un señor cura y le paga Vd. á tanto la visita ó se iguala Vd. con él. Que no quiere Vd. gastar dinero, se hace Vd. moro, abre un agujerito, le dice Vd. sus pecados, echa usted tierra encima y abur. Desde el momento en que la separacion se decreta, deja el Estado de sostener el culto, los obispos, los canónigos, los curas, todo el clero queda sin sueldo, los templos pueden muy bien convertirse en almacenes si sus dueños, la nacion ó el municipio, lo estiman conveniente.

— ¿Es decir, que los curas tendrán que vivir de su trabajo?

— Pues; como el médico, como el obrero.

— ¿Pero el gobierno podrá vivir sin religion?

— Como gobierno sí: ahora los ministros podrán ser lo que quieran, uno católico, otro protestante, otro judío.

— ¿Y eso es?...

— La Iglesia libre en el Estado libre.

— ¿Y cree Vd. que eso puede suceder en España?

— No falta quien lo cree.

— Si fuera cierto, era cosa de emigrar. Mal conocen á los españoles los que quieren arrebatarnos sus creencias, ó por lo menos abandonarlas á su suerte. Nuestro pueblo es pequeño, y á decir verdad estamos divididos los vecinos; pero dada la fe que todos tienen ¿creen ustedes que si nos cerraran la iglesia y nos quitaran al señor cura, que á pesar de sus socialinas es un santo varon, que si pide es porque al pobre le dan una miseria, ó mejor dicho no se la dan, no nos uniríamos todos para ir en masa á la capital y á Madrid mismo á protestar contra este acto? Porque seamos francos, nosotros no somos devotos, ni mucho menos; pero nos gusta que nuestras mujeres sean buenas cristianas, y hacemos que nuestros hijos se acostumbren á conocer y respetar la grandeza de Dios.

— Corriente; pero los que quieren la separacion de la Iglesia y del Estado no se oponen á que todos los españoles seamos católicos: nos dejan la libertad de dar toda nuestra fortuna al clero para que viva entre nosotros.

— ¿Y qué importa eso, si los que nos dirigen se presentan á nosotros sin ese lazo fraternal, sin ese vínculo que establece la religion entre los que han nacido bajo un mismo cielo? Para ver bien las cosas hay que reducir las á pequeñas proporciones: la familia es el Estado en pequeño. Pues bien, figúrense Vds. una familia en la que el padre dice: «Aquí no hay religion ninguna.» Cada uno de Vds. podrá seguir la que mejor le plazca. ¿Qué sucedería si eso fuese posible? En primer lugar, faltaria la familia, que solo puede vivir bajo el influjo de la religion: despues careceria el padre de autoridad. Solo siendo antropófago podría infundir respeto á sus subordinados, por el temor de que se los almorzara una mañana.

— Usted lo echa á broma, señor maestro; pero no es cosa de risa. La religion no es un artículo de lujo en la vida; es una necesidad del alma. Sin religion todo desaparece. Ella es la base de la sociedad, el vínculo de los hombres, el limite de las pasiones. Desde el momento en que se concibe, no un hombre, sino un Estado sin religion, la sociedad no es posible, ¿qué digo la sociedad? El Estado mismo muere. El espíritu se adormece, la materia triunfa: faltando la esperanza de goces en la otra vida, se buscan todos los que sugiere la imaginacion en esta, y la justicia es impotente para contener los extravíos de la fuerza. Pero ¿qué digo la justicia? Sin religion no puede haber justicia. Créanme ustedes, no se decretará la separacion de la Iglesia y del Estado, pero si se decreta, la reaccion que se operará en los ánimos producirá un conflicto que dejará en mantillas á la famosa noche de San Bartolomé.

Los soldados, que llevan todos el escapulario que al partir les dieron sus madres; los soldados que en medio de su preocupacion al hallarse en peligro, al entrar en batalla se encomiendan á Dios; los marineros, que en el momento del peligro vuelven los ojos á la Virgen del Carmen; los bandidos mismos, que aunque impulsados al crimen por el vicio y la ignorancia, al arriesgar su vida ofrecen votos por salir bien de sus empresas; todas las raices profundas, intensas, que diez y nueve siglos de exámen y hasta de abusos, y una dominacion árabe de siete, no han podido destruir, retonarían si las podasen hoy, pero con la fuerza del torrente impetuoso.

— Y sin embargo hay quien ha dicho que el catolicismo ha muerto en el corazon de los pueblos.

— No; está dormido en el corazon de los que comprenden su sublime destino; porque preciso es confesarlo, una parte de sus intérpretes, de sus sacerdotes, le han convertido en instrumento de su ambicion, de su codicia. Para obtener el triunfo han confundido el dogma con la liturgia, han abusado de todo. No pocos han enmascarado la política con la religion, han abu-

sado del púlpito, del confesonario, han sostenido contribuciones odiosas, y los que conocen á fondo los misterios de la vida, los que han visto á los curas terciar en las elecciones y amenazar con el infierno á los que no votaban á sus protegidos; los que saben que se bautiza y se entierra por tarifa, los que ven el lujo en los templos y en los campo-santos, los que descubren el egoismo bajo el manto de la caridad, el negocio con capa de religion, han buscado á Dios directamente ó á sus verdaderos ministros, que tambien hay modelos de piedad y de virtud; porque no han creído que podian ser sus intérpretes los que obedecian como míseros mortales á la influencia de mezquinas pasiones. ¿Puede admitir la religion católica esas asociaciones religiosas que buscan al rico y halagan su vanidad, diciéndole: «Si me pagas bien, te darán los Santos Sacramentos con palios y con cien bachones; si me pagas bien, te proporcionaré un sepulcro magnífico; si me pagas bien, en la casa del Señor, donde todo es modestia é igualdad, mientras el pobre yace arrinconado en la caja de la parroquia é inspira al sepulturero que ha de llevarle acuestas un epigrama ó una interjeccion, yo levantaré en medio de la iglesia un túmulo de cuatro, de cinco cuerpos, lo cubriré de oro y de paños de terciopelo, asistirán muchos curas, habrá mucha cera y te haremos unos grandiosos funerales.»

Estos y otros abusos que todos conocemos y lamentamos; abusos en los que se ve salir del hábito sagrado la mano del hombre para explotar el sentimiento mas hermoso de la humanidad, han adormecido al catolicismo, no le han muerto.

Hé aquí por qué creo yo que al declarar la nacion que es católica, debe consentir la tolerancia religiosa. En este caso será la competencia la que corte los abusos. Desde el momento en que se deje al ciudadano la libertad de elegir religion, los propagandistas le buscarán, le mostrarán las excelencias de cada una, y vencidos entonces los individuos del clero católico que abusan, de que nada hay que pueda competir con la doctrina de Jesucristo, renunciarán á los recursos teatrales, á las socialinas, y en la pureza de esa santa religion encontrarán su regeneracion y la de la humanidad. El país en masa seguirá los pasos de los que proclamando la tolerancia religiosa, declaran que España, esto, es, su representacion nacional, es católica.

— Lo mismo creo yo.

— Dios ilumine á los padres de la patria para que nos libren de una guerra religiosa.

Esta conversacion puede dar una idea general del verdadero espíritu que domina á los españoles en tan trascendental cuestion.

No se puede negar que el catolicismo tiene profundas raices en nuestra sociedad.

Este año han salido á la calle los carruajes en los dias de juéves y viérnes santo, los operarios trabajaron y las tiendas estuvieron abiertas.

No pueden Vds imaginar el escándalo que esto produjo.

— ¡Vergüenza da! decia una mujer del pueblo. ¿Cuándo se han visto coches en estos dias!

— Señá Joaquina, decia otra desde una ventana dirigiéndose á una vecina.

— ¿Qué quiere Vd., tia Rosa?

— Mire Vd., mire Vd. los simones en su puesto.

— En cuanto muera el Señor se irán á su casa.

— ¡Quiá! He oido decir á uno al pasar, que ahora que hay libertad de cultos pueden andar como Pedro por su casa.

— No puede ser.

— Eso digo yo, pero es que nos vamos á condenar, si señora, que nos vamos á condenar.

— ¿Y aquel carro de mudanza, á dónde va?

— Se para en el número 12.

— Ya sé por qué... Ayer me dijo la portera santi- guándose que iba á mudarse don Judas.

— ¡Mudarse en juéves santo!

— Es muy liberal, como que estuvo trasportao en Filipinas.

— Bien hacen en llamarle don Judas.

— Pues ya bajan los trastos.

— Verá Vd. como vuelca el carro y se le hacen los muebles añicos.

— ¡Ay, tia Rosa, qué va á ser de nosotros! ¡Este es el fin del mundo!

El juéves y el viérnes santo los han pasado cazando en los montes de Toledo el general Prim, el ministro de la Gobernacion y otros personajes.

— ¿Ha visto Vd. lo que sucede? decia con este motivo un buen señor, casero por mas señas, á un amigo suyo prestamista.

— ¿Qué pasa, don Cleofas?

— Que el general Prim y el ministro de la Gobernacion y otra porcion de personajes, se van de caza.

— Eso es para estirar las piernas.

— ¿Y le parece á Vd. bien que se vayan por ahí en Semana Santa? Vaya un ejemplo que dan al pueblo.

— ¡Calla! pues es verdad.

— En vez de asistir á los oficios, como Vd. y como yo, y como todos los católicos, se dedican á matar animales inofensivos.

— Para comérselos.

— Eso es, para comer carne.

— ¡Qué horror!

— ¡Hemos llegado á unos tiempos!

— ¿Sabe Vd. lo que digo?

— ¿Qué?

— Que Dios no puede proteger á los revolucionarios.

— ¿Por qué?

— ¡Toma! porque no hacen caso de la religion.

— Dias horribles nos esperan... Vaya, yo me voy á correr las estaciones.

— No falte Vd. mañana al sermon de Soledad.

La insurreccion de Cuba tiene preocupados los ánimos.

Es cuestion de honra y se comprende.

Ya sabrán Vds. que se han dispuesto á ir allá muchos voluntarios.

Los catalanes no han querido que nadie les aventaje en valor ni en patriotismo, y por eso han acudido presurosos á alistarse en los batallones de voluntarios que se han formado para la expedicion de Cuba.

Ya han partido deseosos de compartir los peligros con sus hermanos que viven en América.

Las catalanas están hoy tristes, pero orgullosas; sus hijos, sus hermanos, sus amantes, las han dejado, y aunque todo lo pueden esperar de su valor, no saben, sin embargo, si habrán sido las últimas sus despedidas.

Barcelona ha presenciado escenas patéticas, escenas que, á pesar de todo, no ha detenido el paso de los generosos voluntarios catalanes.

De todas ellas la que vamos á referir merece especial mencion.

Una linda jóven, huérfana y muy conocida en la capital del principado por su elegancia y buena educacion; al saber que su amante se disponia para la expedicion, llamó á uno de sus criados, que tambien se habia alistado, y le dijo:

— Es preciso que te quedes en Barcelona y que me prestes tu nombre.

— No puede ser eso, le contestó el voluntario, sin poder contener una honda interjeccion, justificada por la sorpresa.

— Yo te gratificaré espléndidamente.

— Digo que no puede ser, repitió aquel. Mi nombre se ha alistado, y no cederé el honor de añadirle algunos rasgos de heroismo, pues para no ser mas que un soldado me quedaria en tierra.

— Yo me batiré cuando llegue el caso y no deshonraré tu nombre, replicó la jóven.

Pero el orgulloso catalan por toda respuesta le volvió la espalda.

¿Qué misterio seria este?

Sin duda el amor podría explicárnoslo.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de marzo de 1869.

Poesías.

AMOR IMPOSIBLE.

¡Qué gozosa mañana! ¡Cuán alegre!
¡El sol triunfante elevase al cémit!
No hay en el ancho espacio ni una nube...
¡Y en nuestras almas sí!

Fúndese el hielo, resplandece el aire,
Brillan los campos á la luz del sol...
Todo rie en el cielo y en la tierra...
¡Y nuestras almas no!

Vendrá la primavera, y sus halagos
No negará á los bosques ni al pensil,
Ni á las aves, ni al aura, ni á las flores...
¡Y á nuestras almas sí!

Todos los seres que el amor inspira,
Libres y ufanos gozarán su amor...
Todos colmados mirarán su anhelo...
¡Y nuestras almas no!

La mujer.

Piedra en bruto viene á ser
El hombre de mas talento,
Si no le da pulimento
El amor de una mujer.

Sin vivir para adorarla,
Del hombre infeliz, ¿qué fuera?
Si la mujer no existiera,
Tendriamos que inventarla.

Unica dicha y consuelo
En este mundo de abrojos;
Imágen á nuestros ojos
De los ángeles del cielo.

Tesoro de melodias
Que ni ella misma comprende;
Solo del hombre depende
Encontrar sus armonias.

J. E. H. ZENBUSCH.



Las metraladoras, sistema de M. Claxton.



PLAUTERS. PIIX.

EL PUTTAERT. DEL ET SC.

Paisaje de las Ardenas, copia de un cuadro de P. Lauters.

Las metraladoras.

El secreto de las metraladoras es hoy como el secreto de la comedia, y las famosas experiencias de las máquinas misteriosas de Meudon, que hicieron tanto ruido, se conocen y discuten en el día por los hombres competentes de todos los países. Fácil nos sería exponer aquí á la par que la descripción de esas metraladoras y su mecanismo, los resultados obtenidos. Pero las me-

traladoras son en la actualidad como los fusiles de aguja: han excitado la imaginación de los inventores, y así es que nos hallamos en presencia de una porción de sistemas rivales. Dejemos pues su misterio á la metraladora de Meudon para ocuparnos de la metraladora Claxton, que tiene mas altas pretensiones.

Como puede verse en uno de nuestros dibujos, una metraladora representa una porción de cañones de fusil reunidos, que un mecanismo que los carga hace que disparen todos á un tiempo. En este mecanismo

se diferencian la metraladora Claxton y la de Meudon. Esta produce sus descargas en virtud de un movimiento alternativo del que resulta como un fuego graneado; en tanto que la otra obedece á un mecanismo que ejecuta un fuego continuo. Con mucha razón el inventor preconiza esta ventaja del tiro continuo.

Las metraladoras Claxton están dispuestas de modo que ofrecen una solidez á toda prueba para garantizar el servicio de una pieza; una ligereza tal que la maniobra es posible en todas las ocasiones, y una facilidad de tiro con la cual se obtienen por lo menos 60 disparos al minuto.

Partiendo de estas bases, el coronel Claxton ha dividido su sistema en tres categorías de piezas, de las cuales la primera y la segunda, del calibre de 25 milímetros, se llaman *artillería de mano*, porque ocupan un puesto intermedio entre la boca de fuego de campaña y el fusil; la tercera se llama *infantería mecánica*, porque el calibre no es mas que de 11 milímetros, y un solo hombre puede trasportar la pieza con una provision de 750 cartuchos.

Las experiencias que últimamente se han hecho en Lieja han dado los siguientes resultados:

Puesta en batalla la pieza número 4, los artilleros, á la voz del mando, desmontaron la tercera rueda, abrieron las arcas, cargaron é hicieron un disparo de cañon en 15 segundos.

La pieza quedó fuera de servicio en 7 segundos.

Reemplazaron las piezas y repitieron el fuego en 10 segundos.

Estas indicaciones bastan para hacer comprender la influencia que ha de ejercer la metraladora en los ejércitos.

Es una revolucion tan radical como la de los monitores y los torpedos, y es seguro que la estrategia tendrá que modificar sus planes. Las líneas de batalla y la acción de la caballería son imposibles con tales máquinas de guerra. ¿Dónde se detendrá pues el arte de matar gente?

L. C.

Paisaje de las Ardenas.

Se puede atravesar la Bélgica en distintas direcciones. de Mons á Bruselas, de Lavaina á Amberes, de Malinas á Gante, de Ostende á Brujas y á Tournay, sin observar el menor cambio en la monótona repetición de las verdes llanuras que se pierden en el horizonte, con sus árboles en línea que huyen ante la mirada del viajero á medida que se avanza el tren por el ferro-carril. Pero si uno se dirige hácia Lieja, Verviers y Spa, si se baja al Mediodía, hácia las provincias de Namur y de Luxemburgo, se encuentra un paisaje que tiene un aspecto pintoresco mas acentuado, que toma un carácter salvaje en las Ardenas, cuyas selvas son los restos de aquellos antiguos bosques del mismo nombre que, según César, se extendían del Rbin hasta el mar. El nombre de esta montuosa region tiene la raíz etimológica: *Erde ó Aerde*, de donde se hicieron *Hartz*, *Haradt*, nombres que dan los alemanes á las pequeñas cordilleras de montes. Aunque la cordillera montañosa que constituye el relieve del país sea poco elevada, sus descarnadas crestas, sus grutas, sus torrentes, sus selvas de encinas y de abetos, presentan atractivos para el visitante, y los paisistas belgas modernos acuden allí á buscar inspiraciones. El paisaje que reproducimos, copiado de un cuadro de M. Lauters, es una bonita muestra de esa parte tan pintoresca de la Bélgica. A. J. D.

Revista de Paris.

El jueves 8 de abril ha habido en la Academia francesa una de esas sesiones que son un acontecimiento en el mundo de las letras. Tratábase de la recepción de un nuevo miembro de la ilustre corporación, y esta vez el favorecido por los sufragios era lisa y llanamente un poeta, M. Autran, sin antecedentes políticos, sin opinión marcada, sin otro título que su amor á la poesía que ha cultivado con talento desde su juventud; y además venia á reemplazar á otro poeta, á Ponsard, el eminente autor trágico que tuvo bastante inteligencia y poder para levantar la bandera del clasicismo, cuando reinaba como soberano el drama romántico, cuando *Antony* y *Ernani* y tantas otras creaciones inspiradas del espíritu moderno abrian al teatro un nuevo y brillante horizonte.

Interesante hasta lo sumo ha sido el discurso pronunciado por el nuevo académico. Necesariamente M. Autran debió hacerse cargo del estado en que se hallaba el teatro cuando Ponsard vino á hacer en él como una contra-revolución con su *Lucrezia*. Rechazando los antiguos obstáculos que no reconocía ni útiles ni legítimos, teniendo á la vista los inmortales modelos que se habian producido en Alemania y sobre todo en Inglaterra, donde el genio de Shakespeare habia creado mas de dos siglos antes el verdadero drama moderno, el teatro francés dió á luz una série de producciones que por su originalidad y su energía apasionaron poderosamente á la muchedumbre. M. Autran recuerda aquellas representaciones que parecían combates, y cuyos nombres se conservan en los fastos teatrales como nombres de victorias.

Sin embargo, en medio de aquellos triunfos una noticia inesperada circula en Paris, es la noticia de que un joven recién llegado á la capital « habia resucitado la tragedia. »

Con efecto, « entonces se presentó un joven sencillo y cordial, reservado en sus palabras, tímido, tanto que su modestia hacia dudar de su talento. » Así fué que se le recibió con desconfianza: ¿qué podia ser aquella tragedia que preconizaban amigos indiscretos? Alguna obra de colegial, y no otra cosa.

Pero á pesar de estos recelos, una impaciente muchedumbre sitiaba el teatro del Odeon, donde debia ponerse en escena la *Lucrezia*. Alzase el telon, y á los primeros versos, aquella multitud, que en su mayor parte no ocultaba sus sentimientos hostiles, se encuentra desarmada: « un doble encanto ejercia su acción sobre ella: la antigüedad del asunto y la juventud del talento. Oia con atención aquella antigua historia, admiraba aquella poesía nueva, aquella poesía á la vez heroica y familiar, que no le recordaba ni la tragedia solemne y pomposa del gran siglo, ni la tragedia rutinaria y sin colorido de los poetas del imperio. Hasta la inexperiencia añadía su atractivo á tan feliz poema. »

M. Autran analiza á grandes rasgos este primer acto de *Lucrezia*.

« Rara vez, dice, se ha visto en el teatro una exposición mas bella y mas grandiosa en medio de su sencillez. Nos encontramos en lo mas íntimo del hogar romano, cuando dominaba el rudo genio de las primeras edades. Ahí está el ginéceo, ahí están los dioses protectores, y la numilde rucaca de la matrona. ¡Cuán noble, cuán interesante es la figura de esa mujer, con los ojos bajos, sentada en medio de sus esclavos y dándoles el ejemplo del trabajo y de las virtudes austeras! ¡Cómo se conoce que es la digna esposa del marido ausente, del soldado que ha ido á combatir por la naciente patria!... Ahí se respira no sé qué perfume de aquella religion doméstica que fué la madre del patriotismo romano. Esta figura necesita otra que pueda ponerse en parangon con ella, y será el personaje Junius. Con efecto, entre ellos dos está repartido todo el interés del drama.

Junius y Lucrezia conducen la acción hasta su término, hasta la hora en que la mujer ultrajada lava la involuntaria mancha en su propia sangre, y en que el futuro cónsul lanzando un grito contra los reyes, aparece como el genio libertador de Roma. »

El éxito fué asombroso. M. Autran señala con cierta complacencia la impresión que esta obra luminosa y apacible produjo en la multitud hastiada de tantas y tan terribles invenciones, de tantas estocadas, de tantos dramas tumultuosos inspirados por las leyendas mas sombrías de la edad media: fué, dice, « una impresión semejante á la que experimenta el viajero cuando al salir de un país montuoso y accidentado, donde abundan los negros desfiladeros y los precipicios, desemboca de repente en una comarca risueña cuyos aspectos le recuerdan el país natal. »

Y sobre esto el académico elogia, como real y verdaderamente se merecen, las cualidades literarias del autor de *Lucrezia*; la claridad, la moderación, el lenguaje mas amigo de la razón que del capricho; su pureza de líneas nunca sacrificada al colorido, finalmente, la corrección de su poesía, que en el entusiasmo del primer arranque le valió ser comparado con Racine.

Si; grande fué el entusiasmo por la nueva obra, en la que se vió, como si dijéramos, el prefacio de una nueva escuela. Recogieron y señalaron cuidadosamente todos los antecedentes de familia, los primeros estudios del autor, su afición á Tito Livio y á Tácito, sus lecturas de Horacio y de Virgilio, todo esto, mientras cursaba leyes, pues hijo de un abogado, se destinaba al foro, hasta que concluida su carrera, pasó tres años encerrado en su casa de Mont-Salomon, que se eleva sobre una altura y domina los vastos horizontes del valle del Ródano, y allí escribió la famosa tragedia que puso en tal conmoción al mundo literario.

M. Autran rechaza la idea tan acreditada que hizo de Ponsard un jefe de escuela, de la escuela del *buen sentido*, y ¡cosa extraña! intenta hacernos creer que mas bien se inclinaba al romanticismo. Sin embargo, muy luego se arrepiente de esta insinuación, y añade que era en suma « un talento ecléctico. » Tomaba la flor de cada doctrina. Adoraba á Racine, pero sin desdeñar por eso á Shakespeare. Parecía que estaba indeciso entre las dos potencias rivales. « Representó el papel de uno de aquellos girondinos cuyo perfil ha trazado en una de sus obras con lápiz tan simpático, y su divisa fué la libertad sin los excesos. »

Este eclecticismo que le atribuye M. Autran le hizo inclinarse demasiado hácia el clasicismo en *Agnés de Meranie*, así como entró de lleno, con *Carlota Corday*, en el opuesto campo.

Pasemos por alto el juicio de la primera de estas dos obras, cuyo mérito no correspondió en manera alguna á la fama que tenia el autor, para tratar de la segunda, que no es otra cosa que la historia en verso, y admirablemente presentada, de aquella célebre heroína. Todos los contrastes aparecen en esta historia: « la sonrisa y las lágrimas, la gracia y el terror, la calma del hogar doméstico y los furioses de la calle, el entusiasmo y la compasión, aquella extraña compasión que se aparta de la víctima en favor del asesino. ¡Qué idilio tan encantador es aquella escena en que Carlota se encuentra con los girondinos extraviados en el campo! La tragedia á orillas del bosque, anda un momento en el rocío antes de andar en la sangre. Y luego, ¡qué escena tan poderosa aquella en que los triunviro de la Convención se disputan el poder sobre el corazón sangriento de la patria! »

Aquí los elogios fueron unánimes, y á muchos les pareció que desde el tiempo de Corneille no se habia oido en las tablas tan bello lenguaje.

¡Racine y Corneille, á propósito de *Lucrezia* y de *Carlota Corday*! Era todo cuanto podia decirse para encumbrar al joven poeta que llenaba la Francia con su nombradía.

M. Ponsard quiso también tantear el terreno de la comedia de costumbres, y dió al teatro el *Honor y el dinero*. El nuevo académico, no obstante su admiración, no se atreve á decir que, como comedia, es esta producción una obra maestra. La considera únicamente como una buena pintura de nuestras costumbres, una lección de alta moralidad dada en una época en que se oyen pocas de estas lecciones, una sátira aguda y elocuente.

La poesía es siempre un salvo-conduto para toda obra literaria; y así fué que el *Honor y el dinero* obtuvo un éxito ruidoso: todo Paris aplaudió aquellas severas amonestaciones escritas en tan bellos versos.

Entre las demás producciones que componen el repertorio de M. Ponsard, citaremos, para concluir, su drama de *Galileo*, compuesto en el postrer período de su vida, cuando ya la enfermedad que le minaba le tenia condenado para un término muy breve. Apenas tuvo tiempo de concluir su obra. En *Galileo* faltan, mas que en las otras producciones de M. Ponsard, varias de las condiciones esenciales del arte dramático: el mismo M. Autran confiesa que no es una tragedia, que « es un presentimiento, una elevación del alma hácia ese infinito poblado de mundos resplandecientes, hácia esas regiones luminosas que la region humana no ha cesado nunca de interrogar, y que atraerán siempre el pensamiento de los moribundos en las noches de insomnio. »

Con efecto, algunas semanas despues, Francisco Ponsard habia bajado al sepulcro, y el mundo literario tomaba en Francia el luto del noble poeta.

M. Cuvillier-Fleury, uno de los miembros mas jóvenes de la Academia, estaba encargado de contestar á su nuevo colega, y lo hizo con la discreción y cultura que caracterizan

todos sus escritos. Sabido es que la contestación en casos semejantes se reduce á un elogio de los méritos del nuevo académico, como si se quisiera poner en evidencia todos sus títulos, y justificar así los sufragios á que debió su nombramiento. M. Cuvillier-Fleury ha encontrado modo de trazar un largo discurso, aplaudido repetidas veces, para hablar del escaso número de obras que ha producido hasta hoy el poeta marsellés á quien contestaba. La principal de ellas es la *Hija de Esquilo*, una tragedia representada hace mas de veinte años en el mismo teatro del Odeon donde Ponsard habia obtenido sus grandes triunfos. El éxito no fué por cierto extraordinario; pero la Academia francesa coronó esta obra, que así vino á tener cierta nombradía en el mundo de las letras.

Luego cita M. Cuvillier-Fleury, entre las demás producciones de M. Autran, la *Vida rural*, que con una publicación anterior titulada *Labradores y soldados*, y otras dos que siguieron en el intervalo de algunos años, las *Epistolas rústicas* y el *Poema de los bellos días*, forman, á su juicio, como los cantos diversos y sucesivos de una epopeya agrícola. Los títulos explican suficientemente el sentido de estas obras, poco populares todas ellas, ó mejor dicho, apenas conocidas fuera de los círculos literarios.

M. Cuvillier-Fleury cubre estas diferentes producciones de flores académicas, habla de la espontaneidad en el idilio, de la malicia en la sátira, de la corrección incansable que en ellas se advierte, y del progreso; y concluido este elogio, que es en realidad bastante equívoco, se apresura á hablar también de M. Ponsard, y desde luego nos da á conocer que se encuentra aquí en otro campo.

No le seguiremos en este nuevo juicio del talento del autor de *Lucrezia*; pero sí nos detendremos un instante en un punto de esta parte del discurso que atañe mas particularmente á la persona.

La virtud que principalmente descuella en su carácter, según nos dice M. Cuvillier-Fleury, y que considera igualmente como un gran mérito literario, es la sinceridad.

« ¡Qué buen asunto de disertación, la sinceridad, si tuviéramos tiempo para ello!

» Cuenta Marivaux que un día se encontró con un joven pordiosero, de buena traza y en la mejor salud, y le dijo: « — ¿Cómo no tienes vergüenza de mendigar á tu edad? ¿Por qué no trabajas? »

« — ¡Ah! señor, respondió el mancebo con mucha naturalidad, ¡soy tan perezoso!

» Marivaux le dió una moneda de oro. »

Ahora bien, pregunta el académico, ¿si la sinceridad vale oro, hasta en un hombre vicioso, cuánto no ha de valer cuando se abriga en un hombre honrado?

« Ponsard, añade M. Cuvillier-Fleury, era esencialmente el hombre de su inspiración y de su ingenio; siempre se mostró sincero, obstinándose en su obra, esclavo de ella mientras duraba el trabajo; pero no siempre abria el mismo surco, sino que sabia cambiar de cielo y de época, sabia alternar en la comedia y la tragedia sin confundirlas nunca. »

La apreciación que hace de las comedias de Ponsard es como sigue. Con esta cita concluiremos:

« En la comedia de costumbres que entre 1850 y 1860 llena toda la carrera dramática de M. Ponsard, quiero señalar aun el rasgo característico de su obra entera. Ponsard tocó á las costumbres para pintarlas, no para exagerarlas. No es un vengador sino un moralista, tan extraño á las grandes explosiones de la pasión como á las manifestaciones bulliciosas de la alegría. No por esto sus comedias carecen de un gran valor, pues, en efecto, se observa en ellas una animación de buena ley, una sátira fina y que va siempre derecha al objeto. »

Cierto, así nos parece en verdad; pero el teatro tiene exigencias imprescindibles, y las comedias de Ponsard no son mas que unos diálogos en los que se declama en magníficos versos contra ciertas costumbres, contra ciertos vicios de nuestra sociedad, pero siempre la acción y el enredo dramático están ausentes.

Esta observación nos servirá para tratar ahora de la única novedad importante que hemos tenido en la semana última en los teatros parisienses.

Justamente, en ese mismo teatro del Odeon á que tan aficionados se muestran los poetas, la falta de interés que resulta de esa falta de intriga, ha ocasionado el triste éxito de un drama de M. Eduardo Fournier, titulado *Gutenberg*.

Y sin embargo, esta obra de un poeta notable, está verificada admirablemente: bajo el concepto literario merece una aprobación unánime, como le merece también en cuanto á la verdad histórica, pues nos muestra al inmortal autor de la imprenta poseído del entusiasmo y el ardor con que los historiadores pintan al hombre que conoció el primero lo que valia áquel descubrimiento.

También debemos decir en descargo de M. Eduardo Fournier, que la vida de Gutenberg no se presta á una acción dramática: en este drama nos aparece perseguido por un tal Ciappei, al paso que le protege una joven judía; pero nada de esto se explica ni se justifica, y era imposible que con un argumento en que falta completamente el interés, indispensable, lo repetimos, en todo drama, *Gutenberg* pudiese tener otro éxito.

La gloria de este gran inventor no es suficiente para hacernos oír con paciencia cinco actos de versos; y además, si se quiere saber hasta qué punto la gloria de Gutenberg excita el entusiasmo público, no hay mas que recordar, como hace Jules Janin en su folletín del *Journal des Débats*, lo que sucedió en 1827 cuando se trató de elevar una esta-

tua al inventor de la imprenta á costa de la Europa.

Se abrió pues una suscripción, y el producto fué el siguiente: 2,000 francos en Francia, 500 en Italia y 125 en Inglaterra. En toda Suiza no se recogieron mas de 20 francos, y 55 en toda la Bélgica.

El recuerdo es oportuno, y ciertamente no necesita comentarios.

MARIANO URRABIETA.

Recuerdos históricos.

UNA ANTIGUA CAMPAÑA EN LA ARABIA CONTADA POR UN OFICIAL INGLÉS.

Testigo ocular y actor en la guerra de la Arabia, deslizo de que no han hecho mención los periódicos europeos, no entraré en la discusión de sus motivos y sus resultados, limitándome á trazar un cuadro fiel cuya originalidad no puede dejar de interesar. No indagaré los acontecimientos que deben nacer un día de ese contacto entre los dos mundos, que abrirá sin duda una nueva era á la doble civilización del Asia y de la Europa: ocúpense los políticos en discutir esta materia; mi solo objeto es trazar el extraño contraste que hicieron nuestras tropas disciplinadas, nuestros batallones movidos por una fuerza mecánica y recibiendo el impulso de una sola voluntad, nuestros elegantes oficiales y nuestros soldados con uniforme encarnado, ante las cuadrillas salvajes de los árabes del desierto, su valor sin freno y sus ataques irregulares.

Mucho tiempo hacía que no se había visto esa táctica bárbara de las naciones primitivas luchar desesperadamente contra la superioridad de nuestras maniobras y de nuestras costumbres militares. La guerra de los Aschantis es tal vez el único ejemplo en nuestros tiempos, y es á la verdad un episodio bastante curioso de la extraña época en que vivimos esa campaña hecha por los súbditos de la Inglaterra, en medio del océano de arena y de las montañas estériles de la Arabia, bajo los ardientes rayos del sol, que hace todavía mas temible á los hombres del Norte la reverberación de aquellas dilatadas llanuras sin árboles y sin abrigo.

Aliados del príncipe ó iman de Mascate, tomamos parte en su reyerta con los Wechabitas, reyerta cuyos motivos me sería arduo decir y aun adivinar. Sin duda el orgullo de esta tribu había rehusado al iman esas señales de respeto y esos donativos voluntarios que recibe de la mayor parte de las demás tribus diseminadas por el desierto. Sea lo que fuere, había estallado el rompimiento: el iman había visto sus tropas vencidas y dispersadas, y los atrevidos Wechabitas habían llevado la devastación hasta las inmediaciones de Mascate.

Pidió el iman socorros al gobierno británico, quien puso á su disposición un regimiento de cipayos, ó naturales de la India, disciplinados á la europea y mandados por el capitán Thomson, del regimiento 17º de dragones, caballería ligera. El iman se creyó vencedor y se engañó.

Los Wechabitas tienen por plaza fuerte y capital *Ben-Bouh-Ali*, situada á setenta millas de la costa, y separada de Mascate por esas llanuras de arena de que se compone el suelo de la Arabia Feliz, por mas que hayan querido decir los poetas. El capitán Thomson partió para *Ben-Bouh-Ali*, y sus tropas fatigadas se hallaban no mas que á una milla del fuerte, cuando de repente salió de un camino cubierto, lanzando horribles aullidos, una multitud ó mas bien una horda de Wechabitas.

A esta aparición infernal, á la vista de estas figuras salvajes, á sus alaridos mas salvajes todavía, los cipayos arrojaron las armas para huir. Los Wechabitas se lanzaron sobre ellos con sus cortas espadas, y con sus sables de dos filos hacían una horrible carnicería. Apenas logran algunos cipayos salvar la vida con la fuga: la venganza de los árabes cubre la arena del desierto de mas de cuatrocientos cincuenta cadáveres, incluso el del mismo capitán Thomson.

El gobierno británico, en la India, al saber este descalabro, juzgó necesario castigar la insolencia de los Wechabitas, y preparó una segunda expedición. El ejército (pues puede dársele este título) se componía del regimiento 65º, del europeo de Bombay, de un batallón ligero de cipayos, del segundo batallón de infantería indígena, de cuatro ó cinco cuerpos de infantería y de dos compañías de gastadores, componiendo una fuerza de tres mil hombres. El teniente general sir Lionel Smith tomó el mando de estas tropas.

Nuestra escuadra se componía de veinte fragatas, acompañadas de cuarenta *patamares* (especie de embarcaciones chatas), que llevaban las provisiones, los caballos y la artillería. Nos hicimos á la vela el 12 de enero de 1824: la travesía fué feliz, el viento nos favorecía, y habían cuidado de abastecer las naves de manera que no careciésemos de nada de lo que podía hacer nuestro viaje cómodo y aun agradable. Contra lo que sucede de ordinario, esta travesía, tan penosa en los mares de Europa para los soldados que se trasportan de esta suerte, fué una fiesta continua; fiesta cuyo precio conocimos mucho mas cuando la fatiga, el cansancio y la sed nos abrumaron en el desierto: entonces pensábamos con pesar en el tiempo que habíamos pasado á bordo.

Difícil me sería señalar precisamente el punto de la costa del golfo Pérsico en que ancló nuestra armada: quizá hombres mas hábiles que yo en la ciencia geográfica no lograrían dar una indicación mas exacta. En ninguna carta he podido descubrir el pequeño promontorio y las miserables cabañas al pié de las cuales se efectuó el desembarque; ni la misma Zoar, la ciudad mas inmediata, se encuentra indicada en ellas.

El comandante en jefe y su estado mayor se quedaron atrás, y nosotros marchamos sobre Zoar. Cuanto mas andaba por medio de la desolación de aquellas llanuras de arena, mas horrible se presentaba á mis ojos su espantosa monotonía, su aridez, su inmenso horizonte, y menos comprendía por qué la venerable antigüedad dió á este pais el dictado de Arabia Feliz, y por qué los modernos han conservado esta falsa denominación. Ni un árbol, ni un tallecito de césped se descubría en su vasta extensión donde poder descansar los ojos; nada se veía sino un cielo inflamado, la tierra ardiente y rocas abrasadoras.

Delante, detrás, al rededor de nosotros, siempre aparecía el mismo espectáculo: el desierto, como el infierno del Dante, no deja ni una esperanza lejana de reposo. La mirada se extiende por todas partes con un ensanche espantoso y que no le da por resultado mas que la certeza de la cárcel de fuego que le rodea. Aquí, como en la India, no vienen las lluvias periódicas á refrescar la tierra; es un clima donde pueden subsistir tan solo dos especies de seres animados, los buitres y los árabes: hasta las aves de rapiña huirían de estos lugares desolados, si su instinto no las llamase á los sangrientos festines que les preparan los árabes.

Llegamos en fin á la aldea de Zoar, á la que los indígenas llaman villa, la cual está rodeada de algunas palmeras cuya vista nos causó una sensación de sorpresa y de alegría que rayaba en embriaguez. Después de haber padecido la doble influencia de los rayos del sol que caían perpendicularmente sobre nuestras cabezas, y de la arena que nos quemaba los piés, ¡íbamos á encontrar por fin un poco de sombra! y esto era para nosotros un manantial de vida en el seno de la muerte, ó si se quiere una comparación oriental, era el maná del desierto. Al verlas apresuramos el paso, y pronto nos encontramos en medio de las toscas cabañas que componen la ciudad.

Zoar tendrá hasta media milla de largo, y encierra algunos jardines. Nadie abandonó á nuestra llegada sus ocupaciones habituales; los hombres pasaban sin volver la cabeza, las mujeres, agrupadas al rededor de los pozos, y ocupadas en sacar agua, como los israelitas antiguos, proseguían su tarea que nos recordaban tan vivamente la existencia patriarcal, y Rut, Roos y Noemi. Esbeltas, altas, bien formadas, traían todas unas mascarillas; y esta costumbre, que oculta sus facciones poco reparables, y hace que la atención se fije en lo restante de su persona, redundando en ventaja para ellas. Nosotros sentíamos vivos deseos de curiosidad; pero los Zoarios no reparaban siquiera en nosotros. Echábase de ver en ellos la apatía, el orgullo y cierta libertad feroz é indolente. Vimos á muchos de ellos tendidos á la puerta de sus viviendas ó en el suelo, inmóviles ó dormidos. El interior de sus casas, sus vestidos y sus personas denotaban la mayor limpieza, y parecía que todos los cuidados de la vida, poco numerosos por otra parte y tales como los reclama la extremada sencillez de una civilización que está apenas en su cuna, estaban abandonados á las mujeres.

Toda la arquitectura de la aldea de Zoar consiste en ramas flexibles, cubiertas de lodo, y sus habitaciones, muy numerosas, están amontonadas sin orden ni plan. En el centro hay un soto de palmeras, á cuya sombra se alzan algunas cabañas. Dos ó tres torres de tierra, en medio de las cuales se levanta una torre mas alta, llamada el palacio del Jeque, parecen indicar alguna magnificencia. Este palacio había sido convertido en bazar, donde los mercaderes de Surate y Sind vendían chales, esencias y diversas especies de telas. En nuestros paseos por la villa nos acontecía con frecuencia encontrar grupos de mujeres ocupadas en hilar lino, en cuyos trabajos les ayudaban una multitud casi innumerable de niños que andaban enteramente desnudos, envueltos únicamente los riñones en una tela ligera.

Acampamos cerca de la población, debajo de algunas palmeras esparcidas. Era aquello un espectáculo en extremo singular: parecía que la confusión de lenguas de la torre de Babel invadiese de nuevo el desierto. Oíanse resonar en medio de su silencio los idiomas inglés, escocés, árabe, persa, indostan, bengalí, etc. Los camellos que traían los bagajes llegaron lentamente uno tras otro, y como se iban elevando nuevas tiendas á medida que llegaban nuevas tropas, no se observaba ningún orden en el arreglo de esa residencia interina.

Entre tanto reinaba la alegría en nuestro campamento; nuestro modo de vivir se parecía mucho al de una guarnición. Si se exceptúa la incomodidad que nos causaba el sumo calor del clima y los torrentes de arena que levantaba el viento y que nos obligaban á permanecer en nuestras tiendas mientras soplaban, nuestras horas se pasaban muy alegremente. El iman de Mascate debía enviarnos una multitud de camellos con sus guías, y este envío, que se hizo esperar, nos obligó á pasar algunos días mas en Zoar. Durante este tiempo el general se había quedado en la costa y vigilaba el desembarco de las provisiones de boca y guerra. Estábamos muy tranquilos y en la mayor seguridad, cuando un acontecimiento desgraciado, causado por esta misma seguridad, vino á sacarnos de ella.

Habiendo disparado un fusil uno de los piquetes de guardia, ocasionó una falsa alarma. Para precaver el que se repitiese este acontecimiento de poca importancia, se prohibió á los soldados que estaban de guardia el que cargasen, siendo permitido tan solo á los centinelas tener los fusiles en estado de rechazar un ataque. Esta medida era muy imprudente, como se verá luego. El comandante de uno de esos piquetes creyó de su deber limitar la orden del día, y prohibió hasta á sus centinelas que cargasen. Por una desgraciada casualidad los árabes atacaron precisamente á ese piquete indefenso. Habiendo dejado sus caballos á alguna distancia, y deslizando por detrás de las rocas, habían llegado hasta nuestros soldados. La resistencia fué vana: la mayor parte fueron degollados, y los demás se refugiaron en el campamento, donde los árabes les siguieron. Oíanse sus espantosos alaridos, y herían y mataban cuanto encontraban, hombres, camellos, caballos y mulas. Azorados nuestros soldados, salían de sus tiendas medio desnudos y encontraban por todas partes un enemigo dispuesto á darles la muerte. Cuando escapaban á su espada, se les veía correr por entre el laberinto del campamento, tropezar con las cuerdas y encontrar á cada vuelta el hierro fatal de que querían huir. De esta suerte perdimos cuarenta hombres y mas de treinta acémilas. El capitán Parr corrió al frente de la línea, reunió unos cincuenta soldados, y mientras recorría el campo para aumentar su destacamento, los Wechabitas le circuyeron. Su resistencia fué heroica y su lucha desesperada. Recibió ocho heridas, mató dos hombres y cayó á los golpes del enemigo.

Ya los Wechabitas, lanzando sus dardos al través de las tiendas, esperando en la puerta á los que salían y sacrificándolos sin piedad, habían llegado al centro de nuestra ala izquierda, cuando el ala derecha tomó las armas, se formó en línea y avanzó. Apenas oyeron los árabes el ruido de los pasos de nuestros soldados, huyeron á favor de las tinieblas, sin dejar mas muertos en el campo de batalla que los dos hombres inmolados por el capitán Parr.

Esta sorpresa nos enseñó á ser mas cautos. Nuestro campamento tomó una forma mas regular, y el general en jefe vino á visitar el ejército. Se le había juntado el iman en la costa, y se le preparó una tienda cerca de las del estado mayor. Este príncipe, bastante mal equipado, rodeado de un acompañamiento harto miserable, no daba una idea muy elevada del poder de los jefes del desierto. Su semblante carecía de expresión, ni se notaba en su fisonomía ese carácter imponente que se hermana con la ferocidad altanera de las facciones árabes. Recibía las visitas sin ceremonia, sentado ó mas bien echado, y mascando durante la conferencia dátiles ó arroz, que fragaba á puñados. Este príncipe goza en Arabia de una reputación de hombría de bien y blandura de que nos dió una prueba singular, haciendo colgar, el primer día de su llegada, á seis de los suyos, de quienes sospechaba fuesen espías. Según la costumbre inmemorial del Oriente, ha alcanzado el título que posee y el débil poder que este título le asegura asesinando á su hermano mayor.

(Se continuará.)

El nuevo Paris.

EL COLEGIO CHAPTAL. — LOS PUENTES DE LA CALLE DE LOURCINE.

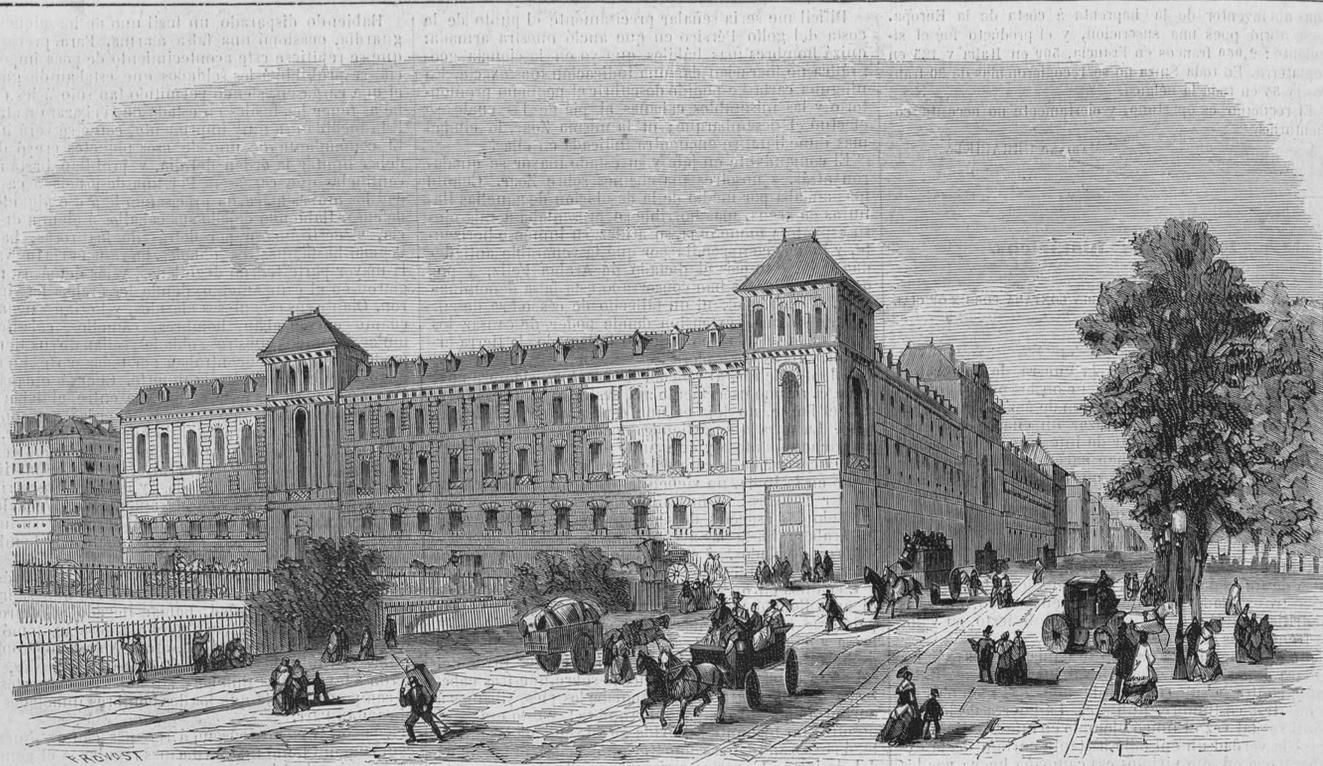
En el bulevar de Clichy, donde la demolición del antiguo recinto ha abierto grandes espacios á las hermosas construcciones del Paris moderno, se eleva hoy un hermoso edificio, que es el futuro colegio Chaptal, pues el antiguo había venido á ser demasiado pequeño para la muchedumbre de alumnos que acuden á los cursos. Cada año esta muchedumbre aumenta, lo que prueba, sin duda alguna, la excelencia de los nuevos métodos de enseñanza; pero no es esta la ocasión de tratar semejante asunto. Nuestro objeto es simplemente dar á conocer, por medio del grabado, este gran monumento, que no está concluido aun, y cuya construcción es de piedra de sillería, de hierro y de ladrillo.

Otro dibujo damos también, concerniente al nuevo Paris, y es el de los puentes, que hacen tan pintoresca la calle de Lourcine, debajo del bulevar Arago.

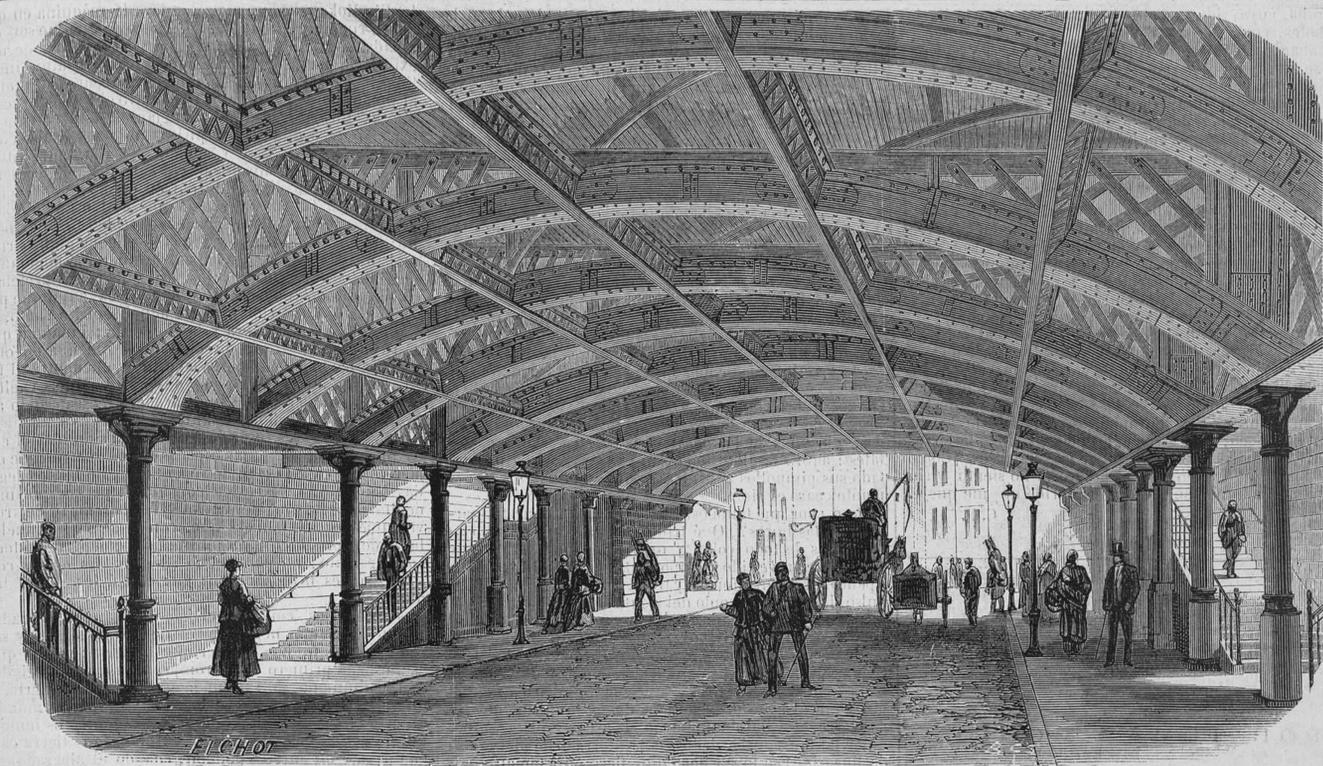
Estas grandes obras han modificado completamente los antiguos barrios de Saint-Marcel y Mouffetard. M. Thiers, al recorrerlos, antes de hablar sobre la materia en el Cuerpo legislativo, no sabía dónde estaba en medio de tan gigantescas excavaciones. Lo cierto es que estos puentes de hierro son una de las mas bellas conquistas de la industria moderna. Con ellos la línea recta no es ya una quimera cuando hay que atravesar un barranco.

Los progresos de la metalurgia permiten calcular todas las fuerzas y prever todas las resistencias, de modo que no se comprometa nunca la seguridad de los que van encima ni de los que pasan por debajo de estos puentes. Preciso es haberlos visto para formarse una idea de ellos. Figúrese el lector un inmenso tablero de placas de hierro batido muy gruesas sujetas con pernos y remachadas á travesaños y pilastras de hierro fundido de una sola pieza, según el espesor pedido por los ingenieros. Así son los puentes, que no describimos mas minuciosamente, porque el grabado nos dispensa de esos pormenores.

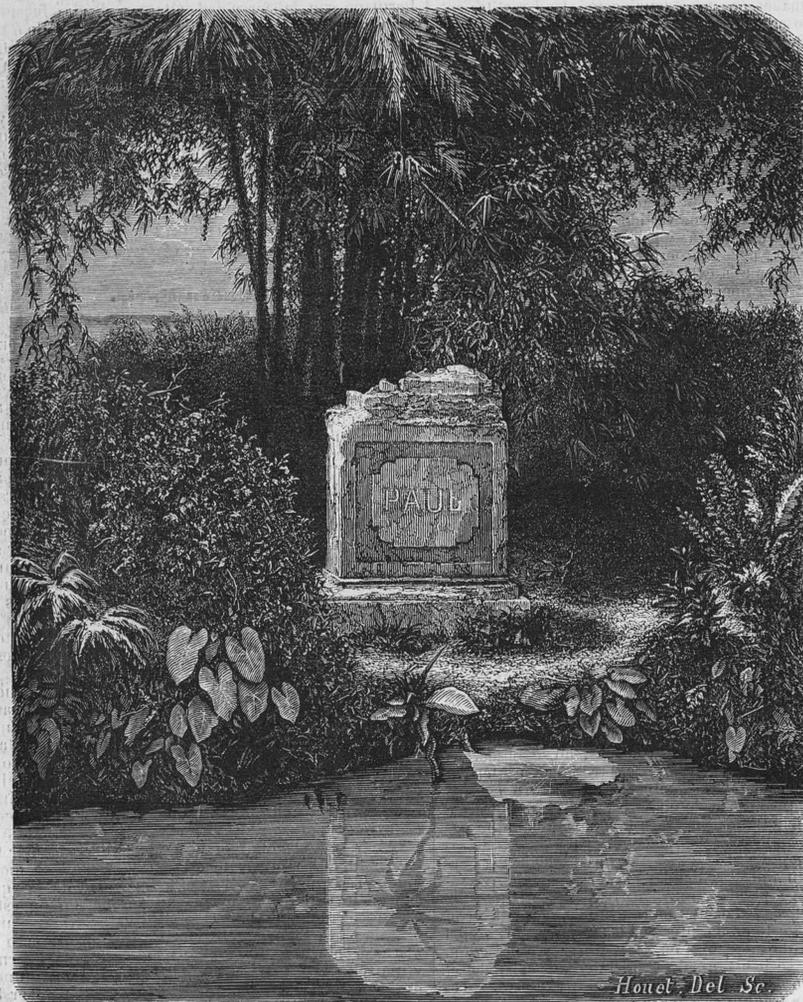
G. B.



El Nuevo Paris. — El colegio Chaptal.



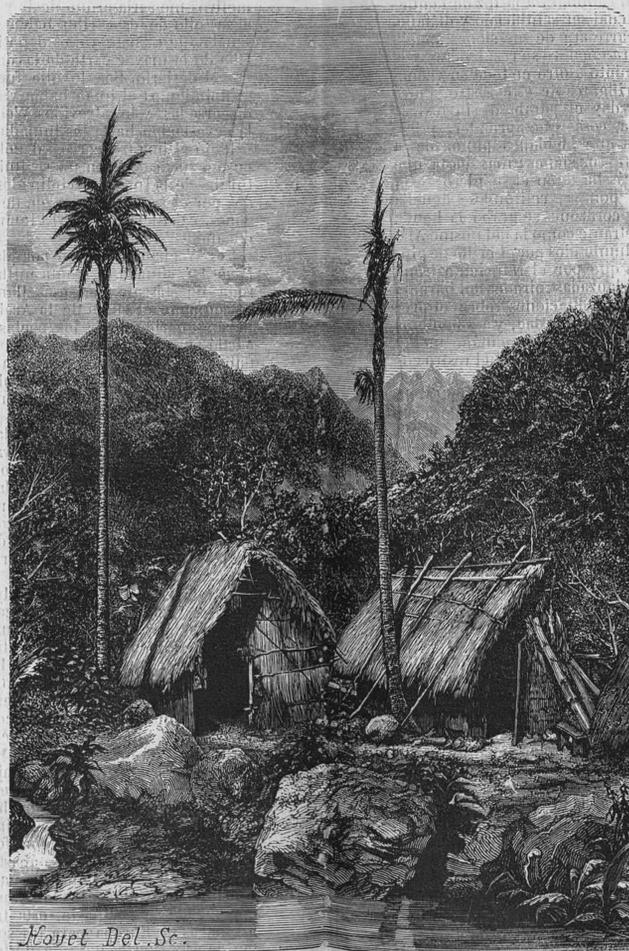
El nuevo Paris. — La calle de Lourcine, pasaje por debajo del bulevar Arago.



Sepulcro de Pablo.

Pablo y Virginia.

Un buque procedente de Francia, el *Saint-Geran*, acertó á llegar un día al frente de la isla que hoy lleva el nombre de Mauricio, canastillo de verdura y de flores del Océano indio. Hallábase á igual distancia (cosa de una legua) de esta isla y de la isla de Ambar, cuando mal dirigido pegó en un escollo y se abrió. Fácil es concebir la confusión y el espanto de los pasajeros. Fué una escena indescriptible. Hubo muchas víctimas, pues parece ser que solo siete personas consiguieron llegar á tierra. En Puerto Luis se conserva la información de este naufragio, y en ella consta la declaración del marinero Janvrin, que dice lo que sigue: «La señorita Maillard estaba sobre el alcázar de popa con M. de Peramont que no la abandonaba. La señorita Caillou estaba sobre el alcázar de proa con los señores Villarmois, Gresle, Guiné y Longchamps de Montendre, que se deslizó fuera para arrojarse al mar y volvió á subir casi inmediatamente para *determinar* á la señorita Caillou á que se salvara... » Y eso es todo. ¿Pereció entonces la señorita Caillou? Es de creer que fué así. Aun existe en la isla Mauricio una familia que lleva el nombre de Caillou de Precourt, y cuenta efectivamente un naufragio en sus recuerdos de luto. Pero la joven de que se trata



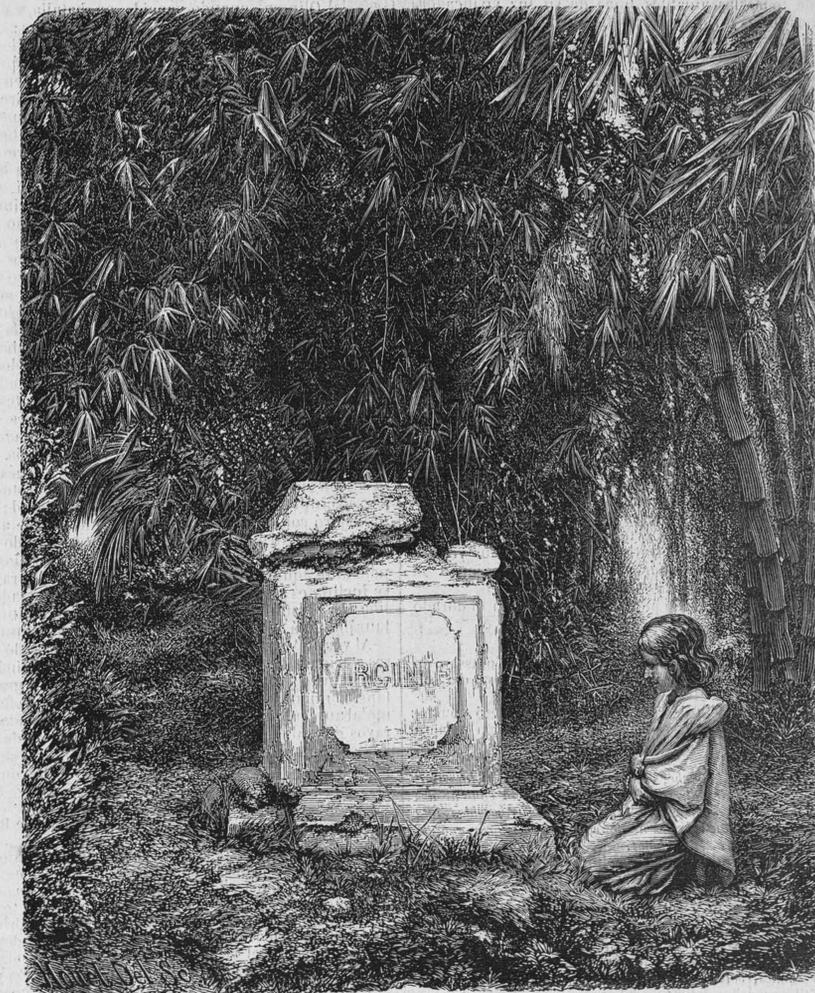
Hoyet Del. Sc.

Chozas de Pablo y Virginia.

Los sepulcros de Pablo y Virginia, destruidos recientemente para la construcción del ferro-carril de la isla Mauricio.

«luchó contra todos los esfuerzos de un marino para salvarla » y « prefirió la muerte á la inmolación de sus sentimientos de pudor? » No está probado. Cuando mas, la palabra *determinar* que emplea el marinero Janvrin, podría hacer suponer por parte de la señorita alguna resistencia en despojarse de sus vestidos. Lo cierto es que en aquella trágica aventura se dió ese ejemplo de un pudor, quizás exagerado; pero, ¿quién le dió? Nadie lo adivinaria: el capitán del *Saint-Geran*.

Sea como quiera, á este naufragio á la vista del puerto y á una anecdota recogida en la isla, debe la Francia una de las obras maestras de su literatura. Con efecto, en 1788 Bernardin de Saint-Pierre publicó *Pablo y Virginia*, y tal fué el triunfo que obtuvo que en el espacio de un año se hicieron mas de cincuenta falsificaciones. Nada mas sencillo ni encantador al mismo tiempo que esa breve historietta esmaltada de bonitos pensamientos, donde brillan las imágenes con su mas puro esplendor, donde se exhala la mas suave moral: no es nada, y sin embargo, ¿qué de hechizos! ¿Qué palacio seduce mas la mirada que la vista de esas dos pobres chozas situada una al lado de otra? ¿Qué héroes, en su gloriosa existencia, son mas interesantes que esos dos jóvenes tímidos y oscuros, que tienen ahí, casi juntas, la cuna y la



Sepulcro de Virginia.

tumba, cuya vida parecía ser la misma que la de los árboles, como la de los faunos y las driadas, y que se amaban con tan hondo cariño? Su luz es esa oscuridad y ese amor es su aureola. ¿Qué ternura tan llena de gracias! « Cuando estoy cansado, dice Pablo á Virginia, tu vista me descansa. Cuando desde lo alto del monte te veo en el fondo del valle, me pareces en medio de nuestras huertas un capullo de rosa. Cuando vas hacia la casa de nuestras madres, la perdiz que corre con sus hijuelos tiene un cuerpo menos hermoso, un andar menos ligero. Cuando me acerco á tí me extasio. Dime con qué hechizo has podido hechizarme. » Y Virginia responde: « ¿ Me preguntas por qué me amas? Todo lo que ha vivido junto se ama. Mira los pájaros: criados en los mismos nidos, se aman como nosotros; siempre están juntos como nosotros... » ¡Estar siempre juntos! Esa es la ley de la felicidad en el amor; y si mueren nuestros jóvenes amantes es porque la olvidaron un momento. Por fin, ya descansan el uno al lado del otro, cerca de la iglesia de las Pamplemusas, por su parte occidental, junto á una porción de cañas, dice Bernardin. Los sepulcros de los que inspiraron al poeta, el cual los recompensó idealizándolos con su pluma tan rica en colores y en sentimientos, dejarán de existir dentro de poco; ¡van á ser expropiados! Una vía férrea debe ceñir la isla, sin respeto por los recuerdos. ¡Cómo ha de ser! Son exigencias del progreso. Lo siento, y sin embargo, me apresuro á manifestarlo, no me quejo.

C. P.

El falso Profeta.

ROMANCE HISTÓRICO ORIENTAL

Traducido del inglés

POR TOMAS MOORE,

Con notas por D. G. C.

II.

En aquella deliciosa provincia del sol, del territorio persa la primera que recibe el resplandor de sus rayos, donde todas las amables hijas de su luz vivificadora, tiernas flores y rojizas frutas florecen en las riberas de sus rios, y en especial en las del Murga, que serpenteando entre los relucientes palacios y vergeles de Merou (1) á todos los demás excede en hermosura, se hallaba sentado en el trono á que le habia elevado la ciega creencia de millares, el jefe-profeta, el gran Mokanna (2). Cubria su rostro un velo de plata, que llevaba por piedad, para que ocultara á la vista de los mortales un semblante que á todos deslumbrara hasta que supiesen soportar su fulgor. ¡Cuánto menos deslumbrantes, decian sus secuaces, los relumbrones milagrosos que rodearon las megillas de Moussa (Moisés), cuando bajando del monte se vió encendido con la presencia de su Dios! Allí se ven reunidos jóvenes que, en medio de sus debates, brotan fuego por los ojos, y que en materias de fe creen que sus espadas son mas elocuentes que sus palabras. Llegando su celo á tal punto, que no hay ninguno de ellos que con el acero levantado no hiciese de su pecho una vaina, como se lo mandase aquel jefe entronizado, y no bendijera los labios que hubiesen pronunciado una muerte tan meritoria. Por su odio al color de la noche del califa (3), estos llevan vestuario, yelmos y demás arreos del mas nevoso blanco, armas de varias especies: los unos, para ser veloces, usan del chuzo hecho de la ligera caña de Kathay (4) ó de arcos formados de las astas de búfalos, con brillantes carcájes llenos de aquellas ramas que florecen cerca de los rios de Yran (5) otros, para los terribles asaltos de la guerra, manejan clavos disformes y pesadas hachas; de suerte que, agitados sus lacteos plumeros por el aire matutino, no parecen sus yelmos sino un bosque de chinars (6) cuando el invierno ha emplumado de nieves sus frondosos copos.

Entre las columnas de pórfiro que sostienen el dorado

(1) Merou, una de las ciudades de Corassan. Corassan, en el antiguo persa, significa provincia ó region del sol. Sir W. Jones.

(2) El falso profeta de Corassan, cuyo verdadero nombre era *Hakem ben Haschem*, se llamó despues Mokanna á causa del velo de plata que llevaba, ó de oro, segun dicen otros. Véase *D'Herbolot*.

(3) *El color de la noche, etc. Il faut remarquer ici touchant les habits blancs des disciples de Hakem, que la couleur des habits, des coiffures et des étendards des Kalifes Abassides étant la noire, ce chef de rebelles ne pouvait pas en choisir une qui lui fût plus opposée. D'Herbolot.*

(4) *Cañas de Kathay*, nuestros chuzos trabajados con primor de los delicados juncos de color negro de la China. *Poema de Amru.*

(5) Los persas llaman esta planta *gaz*. La celebrada flecha de Isfendiar, uno de sus antiguos héroes, se hizo de ella. Nada puede ser mas hermoso que la vista de esta planta cuando florece durante las lluvias en las orillas de los rios. Sir W. Jones, *botanical observations on select Indian plants.*

(6) *Chinar*, árbol delicioso del Oriente: es de mucha elevación y de corteza blanca y lisa. *Viajes de Morier.*

techo y adornos arábigos del harem, se descubren las empinadas galerías, de donde se lanzan de cuando en cuando, por entre sus enlazadas sedas unas ojeadas furtivas sobre la pompa de abajo, á manera de aquellos chispazos subitáneos que suelen iluminar las nubes del otoño. Decidme, santas sonrosadas, ¿qué lengua impía se atrevería á proferir que no estais colocadas allí por el cielo, y para nada mas? ¿Quién se propasaría diciendo que los amores livianos de un mundo como este pueden encadenar con torpes llamas el excelso espíritu de vuestro profeta? No, no, ¡qué errado pensamiento! cuando comisionado por el Allísimo para llenar las glorietas del Eden con figuras de amorosas formas, con criaturas tan lustras que los mismos labios y ojos que tienen en la tierra servirán en el paraiso, y que, interpolándose con las vírgenes celestes, coronan á los elegidos con una felicidad inmarcesible! Bien ha cumplido el jefe-profeta las órdenes de Alá, reuniendo aquí toda raza de beldades debajo del cielo, desde aquellas que se arrodillan delante de las fuentes abrasadoras de Brahma (1) hasta las ninfas fresconas que trepan por los montes de Yemen; desde los grandes y encendidos ojos de la Persia hasta los pequeños y entreabiertos de Kathay; la lozanía de las georgianas, las disimuladas miradas de las de Azab, y las de los dorados rizos de las islas occidentales: aquí se hallan todas, sí; cada region ha presentado sus pimpollos aquí para formar un ameno y tierno plantel para el cielo.

Pero ¿por qué tanta ostentación y tanto aparato marcial á estas horas? ¿Qué triunfo llena hoy el divan con turbantes de todo color y matiz, inclinados ante este semblante travestido é imponente, cual arriates de tulipanes de diversa forma y tinte, que se agachan al impulso del invisible soplo del viento Oeste? ¿Qué reciente misterio será calificado por la fe y sellado por la sangre como verdadero y divino? ¿Qué remedamiento del poder de Dios, qué plan tan deslumbrante no habrá trazado el profeta en la solemnización de este día? Mas ya se presenta otra vista, bien que menos soberbia: aquel joven guerrero, que separado de la multitud que se descubre, se va arrimando con su arco de plata, su ceñidor de crespon bordado y gerro forrado de piel al uso de Bucaria. Ese joven hermoso, fiero en ademan y aspecto, como el planeta de la guerra en un cielo estival, que vale solo escuadrones de ánimos tibios y espadas impéritas, viene ya, hecho prosélito, á defender con denuedo y firmeza la creencia y el estandarte del enviado del cielo.

Azim, á pesar de sus pocos años, era ya conocido por la nombradía, pues mas allá del Occidente y en las nieves del Olimpo, cuando vencido en batalla y detenido en las prisiones de la Grecia arrastró cadenas; sí, antes que la edad viril hubiese ennegrecido sus vellosos megillas, luchó contra la emperatriz Irene, hasta que la paz vino á romper sus grillos. Pero ¿quién podía en la misma esclavitud pisar siquiera el suelo de la Grecia sin sentir un espíritu que se dilata é inflama, y que guiado por el corazón y la vista hacia el país en que habia presidido la libertad, se enternere y conmueve con los divinos hálitos y brillantes huellas de la diosa que allí habia fijado su morada? El joven guerrero sí, pues la tranquilidad del ánimo habia rompido en Azim aquel hechizo; y volviendo ya á su cara patria lleno de soñados bienes y de aquellas ilusiones grandiosas que en vano se apoderan del tierno corazón, no menos que de las altivas miras de los ensalzados mortales, que elevándose hasta la esfera de los dioses con la falsa perspectiva de aquel dulce engaño, que por desgracia hace ver que se tocan en un mismo horizonte el cielo y la tierra; Azim se penetró, sin duda alguna, de que se habia levantado un brazo divino para desagrar á los pueblos; y así que reparó en la bandera blanca que llevaba desplegada la hueste de Mokanna, las lucientes palabras *libertad al mundo*, obedecieron á la vez á este pronunciamiento su fe, su alma y su espada. Cada acero que se blandía bajo aquel sagrado texto parecia un sable de dos filos para este mundo y el otro: jamás vendió la fe con sus suaves ataduras ojos mas dispuestos á cegarse voluntariamente en la causa de la virtud; jamás se inspiró confianza mas viva en lo que mas se apetece que la que entró en el alma del ya entusiasmado Azim, quien arrodillado, pálido y encogido de religioso respeto ante aquel velo de plata, cree que la figura á que se inclina es algun ángel puro y redentor, enviado para libertar el mundo de las cadenas, de la esclavitud, restaurándole á su pristina gloria sin mácula alguna.

Al ver á Azim postrado, toda aquella turba de diversas naciones de la tierra dobló la rodilla, inclinándose con el grito simultáneo de Alá, que retumbó á gran distancia, mientras encima de la cabeza de su profeta tremolaban centenares de banderas, que desplegadas á los rayos del sol, se asemejaban á las alas blancas de aquellas aves que abanicaban el trono volante del adocinado por el cielo, el sabio Soliman (2). — Desconocido,

(1) Cerca de Chittgong hay fuentes llamadas de Brahma tenidas por santas y cuyas aguas queman.

(2) *Soliman*. Este trono admirable se llamaba la estrella de los genios. Cuando viajaba Salomon, dicen los escritores orientales, tenia una alfombra de seda verde en que estaba su trono, pero tan sumamente larga y ancha, que todos los suyos cabían en ella á pié: los hombres se colocaban á su diestra y los genios á su siniestra; que cuando todos estaban acomodados, el viento, á la voz de Salomon, alzaba la alfombra, trasladándola adonde querian con la fuerza y peso de todos, volando encima de su cabeza unos escuadrones de aves que formaban una especie de canope para guarecerlos del sol.

le dijo Mokanna, aunque sea nueva la máquina en que ahora rueda tu alma (1), siglos hace ya que me son conocidas sus llamas por el cambio y los tránsitos de una existencia por la cual pasa rápidamente el alma inextinguible de cuerpo en cuerpo hasta llegar á su meta: al modo que se trasmite de uno á otro el brillo del acero que los jóvenes voladores manejan en una carrera de teas. Ni creas que sean espíritus impuros enardecidos con fuegos mas opacos y acomodados á la temperatura terrena los que aprenden esa carrera; no, los seres mas divinos se dignan brillar en medio de la oscura mortalidad. Tal fué la esencia que se albergó en Adan, á quien el cielo entero, salvo el soberbio (2), se arrodilló; tal fué asimismo la refinada inteligencia que brilló en la forma terrestre de Moussa, de quien fué emanando con debidos descensos por los pechos de varios profetas; lució en Issa (Jesus), ardió en Mahommed, hasta que por fin adelantándose con presteza aquel espíritu santo, se fijó libre de toda sombra y desvió en mí; á manera que el rio trasparente, que precipitándose de una en otra cascada por medio de claros laberintos, encuentra al fin una region deliciosa, en que despues de tantas vueltas y rodeos establece su último paradero, descansando así en un imperturbable raudal de luz.

A estas palabras retumbó por toda la asamblea el eco de millares de voces; las espadas de los guerreros se dirigieron al cielo; un soplo repentino agitó las desplegadas banderas, y entre las colgaduras persas que mal ocultaban á las amables beldades del harem, se dejaron ver unas manos blancas que, con ondeantes pañuelos bordados, produjeron un movimiento que perfumó todo aquel recinto; no pareciendo sino que las *hourys* con estas señales brindaban sus glorietas á los héroes inmortales.

— Pero estas, continuó el jefe-profeta, son verdades tan sublimes que necesitan un tiempo mas santo y sereno de lo que hoy día permite la tierra; puesto que esta espada primero debe romper la negra cárcel del género humano, antes que la paz venga á visitarle, ó que la verdad descargue su clara luz sobre un mundo absorto en sus pecados. Entonces, sí, guerreros inmortales, cuando todos los altares y tronos de la tierra caigan debajo de nuestro pendon; cuando el alegrado esclavo deponga á estos piés sus rotas cadenas; cuando el magnate tirano suelte su corona, el sacerdote su libro y el conquistador su trofeo; y por fin, cuando de la boca de la verdad un potente aliento cual torbellino disipe y eche por tierra toda esta negra pira de mofas humanas; entonces, sí, principiará el reinado del entendimiento sobre la tierra, y saliendo el hombre renovado como de otra procreación, caminará á la luz de la nueva primavera del mundo cual ser santificado y diáfano. Entonces vuestro profeta arrojará de sus sienes angelicales el velo que por ahora encubre su resplandor, y la tierra regocijada de un ámbito á otro en toda su redondez, se reflejará en la brillantez de este rostio. Entre tanto, joven guerrero te doy el parabien, sin olvidar que aun te quedan algunas cosas que aprender, y flaquezas que olvidar antes que la blanca pluma de la guerra pueda voltear sobre tus sienes; mas basta que seas de los míos, ya lo serás hasta en el sepulcro.

Pero ya desaparece la pompa, retirándose aquella multitud en cuyos oídos y corazones se grabó la honda voz de Mokanna, tan penetrante como la del mismo Alá. Los jóvenes quedaron deslumbrados por el brillo de plumeros y lanzas, no menos que por el reluciente trono del jefe-profeta y las semi-lanzadas miradas del harem; los viejos se engolfaron en meditaciones sobre el prometido reinado de la paz y de la verdad, y las hembras se dispusieron á aventurar sus ojos momentáneamente en busca de la refulgencia milagrosa de aquel rostro enmascarado.

Entre las elegidas del harem no falló quien detrás de las umbrosas sedas de la galería se pusiese colorada: una para quien el espectáculo de aquel día fué como la muerte. Ya la habeis visto, vosotras atónitas compañeras, descolorida y desmayada, prorumpiendo en exclamaciones penetrantes para vuestros oídos, cuando vió por primera vez aquel joven tanto y tan caramente conocido, que doblaba silencioso la rodilla ante el trono del profeta. ¡Ah Zelica! hubo tiempo en que de las miradas de aquel mancebo resplandecia la felicidad de tu corazón; tiempo fué aquel cuando el verle y respirar el aire que le circuiá formaba el mas fervoroso ruego de tu alma; cuando poseído de continuos prodigios nadie habia sabido hacer lo que hacia él; cuando si tocaba una flor ó una joya tuya, desde aquel instante se volvía sagrada para tí; cuando á fuerza de estudiarle, cada tono de su voz, cada gesto de su cara y cada ojeada suya llegaba á ser tono, gesto y ojeada tuya. ¡Ah, días sobradamente venturosos! Tu voz como la suya respondía con dulce armonía acrecentando la música aérea que se habia atraído á manera de su mismo eco, al paso que las fases de su semblante se reflejaban en el tuyo con gracias aun mas hechiceras. Y ahora se presenta... sí, ahora llega con mas lustre que entonces; pero ¡ay! su lustre no es ya para tí... No; llega, sí, temible y no buscado cual aparecido del otro mundo; como quien viene á atormentar tu culpada alma con sueños de perdidos deleites, perdidos, sí, para todos menos para el halago de la penosa memoria que los re-

(1) *Siglos hace que etc.* La trasmigración de las almas era una de sus doctrinas.

(2) *Salvo el soberbio.* Y cuando dijimos á los ángeles: adorad á Adan, lo hicieron todos menos Eblí (Lucifer). *Alcoran, cap. II.*

trata: á la manera que el espíritu de la juventud vuela radiante entre sueños con toda la verdad é inocencia que antes poseía para restituirla con tristes burlas al lustroso sendero de la mocedad, y hacernos ver á favor de cada rayo la esperanza y la tranquilidad que hemos perdido en la travesía. ¡Felices amantes en otro tiempo! ¿quién no había oído hablar de sus juveniles amores? Nacidos al lado de aquel río antiguo (1) que, tomando origen en las oscuras montañas, divaga velozmente enriquecido con el tributo de cada arroyo peregrino que brilla con las reliquias de rubí de la Bucaria, hasta que prestando al mar Caspio la mitad de su adquirida fuerza, se descarga por fin en la fría laguna de las Águilas. Nacido Azim en las relucientes riberas de aquel río, las matutinas flores que adornaban sus fugaces olas, no comunicaban olores tan odoríferos como los suspiros y miradas virginales del primer amor en la mansa y pasajera corriente de la juventud. Pero la guerra cortó aquella vision en Azim: arrancado de los ojos apasionados de Zelica para juntarse perentoriamente al ejército persa en los collados de la Tracia, tuvo que abandonar su silvestre morada por la cruda tienda campal y el estruendo mortífero de la guerra, cambiando así las dulces sonrisas de su Zelica con los chispazos del fuego griego, y la suave cadena del amor con cruento esclavitud en las llanuras de Bizancio.

De mes en mes envuelta esa doncella en la viudez del alma, veía ya corridos por la vía solar dos veranos; mas, ¡con qué frialdad y negrura pasaron sin la vista de Azim los soles estivales! De cuando en cuando, sí, llegaban rumores ominosos, como lenguas fatídicas pronunciando el nombre del paciente antes de morir. ¡Ah, dolor superior á toda pena cuando estos tétricos sonidos hirieron los oídos de Zelica! «Azim ha muerto.» ¡Qué angustia cuando el destino deja solitario y desamparado el joven corazón entregándole al capricho de un mundo entero, privado de aquel solo lazo para el cual gustaba de existir y temía morir, abandonado como la suspendida lira, que desde el momento en que se rompió su cuerda maestra ha permanecido para siempre silenciosa! ¡Apasionada criatura! tal era la angustia de su alma que la extinta razón aun sentía la depresión de su toque; y bien que poco antes su esforzado ánimo superaba al primer choque letal de su infortunio, y aunque la salud y la lozanía de su figura se volvían á la esfera de su ejercicio, la tenue cadena del pensar estando una vez rota, jamás volvió á eslabonarse. El ánimo enardecido, vivo y dulce, se hallaba íntegro todavía, como en los primeros arrebatos de su juventud; pero iba descarriado cual barquilla perdida de rumbo, en que brillan todas las estrellas, menos el astro guía-dor. Se sonreía también, pero sus sonrisas no eran ya mas que un brillo falaz, extraño y fiero; y si alguna vez cantaba á los patéticos sonos de su laud, la música se asemejaba á las notas del *balhub* (2) entre éxtasis y pena, como las entona aquella ave cuando vencida por la maestría de otro cantor, se muere del melodioso gorgo que despedazó su corazón.

En tal estado hallaron á Zelica aquellos misioneros, que favorecidos en cada region del Oriente con sonrisas femeniles, buscaron ya á la mas atractiva de todas para realzar la galaxia de ojos y labios que el travestido profeta preparaba para el cielo; y tan pronta y viva entrada hallaron los cuentos de aquellos entusiastas en el ánimo abatido de aquella desdichada, que se inflamó al parecer con la rapidez de una centella que cae entre las secas hojas del otoño. ¡Ah, qué incendio no puso en Zelica el celo insano de aquellos! ¡Elegida para el paraíso!... ¡Novia predilecta en la eterna mansion del cielo, y predestinada para algun bizarro joven!... ¡Feliz idea, idea que arrebató! pero ¿por qué osar decir para alguno? No, para uno, sí, uno á quien tenía grabado en lo íntimo de su corazón, y cuya imagen era indeleble: el solo cuya memoria nueva como la vida del recién nacido, estaba enlazada con los rotos vínculos de su perdido ánimo, y cuyo retrato quedaba presente é ileso en medio de los destrozos de su entendimiento, y de los escollos en que se estrelló la razón de la mísera Zelica. ¡Oh desgraciada! ¡Ah Zelica! precisa era toda la fantasía que esclavizaba tu espíritu para ver en las arrogantes odaliscas del harem una colonia de santas destinadas á la sombra del Eden, ó soñar que aquel de cuya impura llama pronto fuiste víctima, venía radiante del paraíso para poblar la esfera etérea con almas como la tuya, perdidas por él en la terrestre. No, no; á no haberse ofuscado del todo la luz de la razón por las tinieblas en que estabas envuelta, habrias encontrado en la imagen que tenias esculpida en el corazón un amuleto ó talisman, que te hubiera preservado y escudado contra las arterias de tu seductor, manteniendo así viva y fresca aquella pureza que una vez marchita da la muerte al amor. Pero ya perdida, ya encendida... un turbulento celo usurpó en tí la descreta calma virginal, con todas las gracias de tu sexo. ¡Primera favorita del profeta!... ¡y tú, orgullosa de serlo en hechizos y celo!... ¡ay! demasiado supo el impostor nutrir el delirio de su alma, de un alma cuyas activas llamas abrasaban aquella tierna y desdichada criatura, en quien el seductor encontraba una magia poderosa para atar á su negro carro los espíritus del linaje humano.

(Se continuará.)

(1) El Amoo, que nace en Belug-Iab, ó montañas negras, y pasando del Este casi al Oeste, divídese en dos brazos, uno que cae en el mar Caspio, y el otro en Ara-Nahr, ó el lago de las Águilas.

(2) *Balhub*, el ruiseñor.

Los grandes establecimientos

DE LA MARINA IMPERIAL DE FRANCIA.

FUNDICION DE CAÑONES DE RUELLE.

(Continuacion. — Véase el número 848.)

La aparición de los primeros buques acorazados por una parte y por otra de los cañones rayados, fué, como hemos dicho, para la artillería de marina la señal de una completa revolucion. Las condiciones de la guerra marítima se encontraron de repente modificadas en sus bases. Hubo que aumentar no solo el alcance del tiro de los cañones, sino su fuerza, haciéndoles capaces de lanzar proyectiles mucho mas gruesos. No se contentaron con rayar las bocas de fuego, sino que aumentaron el calibre. Mas á la par que reconocian esta doble necesidad, veian surgir dificultades de toda especie. Las piezas tenían que ser mayores y mas pesadas, y por consiguiente, de maniobra mas penosa que las de antes.

Luego cuanto mas gruesos eran los cañones, mas difícil se hacia su fabricacion, mas difícil era dar al metal la cohesion y tenacidad necesarias para que pudiese resistir á la fuerza explosiva de la pólvora, y de aquí una série de problemas que se encadenaban con espantosa complicacion, y sobre los cuales tenia que ejercitarse la fecundidad de los inventores.

Para simplificar la maniobra de las piezas, imaginaron cargarlas por la culata, y para aumentar su resistencia, introdujeron en su composicion un metal mas duro que el que habían servido hasta entonces, el acero, que emplearon solo ó mezclado con la fundicion.

Pero estas soluciones generales tenían que hacerse aplicables en la práctica. ¿Cómo, por ejemplo, se podía obtener que la culata cerrara herméticamente y fuese de un fácil manejo? ¿En qué proporciones y de qué manera habia que emplear los distintos elementos que entran en la construccion de los cañones?

Con estas cuestiones se ocurrían otras de orden diferente. Verbigracia; se estaba de acuerdo en cuanto al aumento de fuerza resultante del rayado; pero ¿cuál era aquí el mejor sistema? ¿Debian ser los rayados mas ó menos profundos, mas ó menos anchos, mas ó menos inclinados sobre el eje de la pieza? ¿Debia haber tres, cuatro, ocho, ó sesenta, como proponían ciertos inventores?

Iguals incertidumbres habia respecto de los proyectiles: ¿habían de hacerse macizos ó huecos y explosibles, esféricos, cilíndricos ó cónicos? Todo era problema, con miles de sistemas distintos, todos preconizados con igual ardor por los inventores.

Sin embargo, para todas las potencias militares era urgente transformar cuanto antes su armamento. Así es que por todas partes se hacían incansables experiencias. Volúmenes enteros habria que escribir solo para dar la nomenclatura de todos los sistemas que sucesivamente se probaron: no pueden calcularse los millones que en estos últimos diez años se han gastado para hacer esas costosas pruebas, para construir muestras de cañones y proyectiles que luego se reconocían defectuosos.

Estamos lejos de decir que en el día se haya conseguido la perfeccion; pero seguramente ha habido progreso. La Francia se ha decidido por un sistema que por sus resultados puede considerarse ya como uno de los mejores que hasta hoy existen. Este sistema, que se adoptó en 1864, fué modificado dos años después, y desde entonces es de reglamento para todos los cañones que se destinan contra buques acorazados. Todos estos cañones de un modelo idéntico para todos los calibres, son rayados y se cargan por la culata; se hacen de fundicion, pero se refuerzan sobre un tercio de su largo, con círculos de acero que aumentan considerablemente su solidez. Los calibres son de 16, 19, 24 y 27 centímetros; las piezas correspondientes á ellos pesan de 5,000 á 22,000 kilogramos, y lanzan proyectiles de un peso de 31 á 216 kilogramos: el alcance de su tiro varía de 1 á 8 kilómetros.

Después daremos algunos pormenores sobre el rayado y sobre el mecanismo que se emplea para el cierre de la culata; ahora volveremos á la fabricacion, cuyas fases todas seguiremos fácilmente, gracias á las explicaciones que preceden.

De estas diferentes fases por las cuales pasa la materia sucesivamente, la primera es la colada de la parte central que debe formar el cuerpo de la pieza que es de fundicion, como hemos dicho.

Pero antes de proceder á la colada, ha habido que determinar exactamente la eleccion de los elementos que entran en la fundicion, cosa muy delicada y que exige mucho tacto y experiencia. Sabido es que las propiedades del metal, su dureza y su tenacidad, dependen de una porcion de condiciones que varían hasta lo infinito. Ahora bien, si en todas las industrias que hacen uso de la fundicion es una cuestion capital el exacto conocimiento de estas propiedades, júzguese la importancia que adquiere cuando se trata de fundir piezas de artillería, donde el metal debe someterse á choques de una violencia enorme, y donde la menor falta de resistencia puede tener consecuencias gravísimas.

Las fundiciones empleadas en Ruelle se dividen en dos categorías generales, á saber: las unas se producen en los altos hornos del establecimiento, y las otras vie-

nen de fuera. Para cerciorarse de que estas últimas reúnen todos los requisitos, las someten, después de un examen preliminar, á una prueba que se hace de este modo: con cierta cantidad del metal recién llegado hacen un cañón del antiguo modelo, del calibre de 30, y luego le someten á un tiro forzado, elevando progresivamente la carga de 1 á 8 kilogramos de pólvora, y de una á trece balas. El tiro se continúa hasta que la pieza estalla, y no aceptan la fundicion si la pieza no ha soportado una série de sesenta y cinco disparos, cuando menos. Estas pruebas tienen lugar en un campo de tiro agregado al establecimiento.

Veamos ahora cómo se maneja el metal, y para ello pasaremos al taller de las fundiciones. Estamos en un vasto espacio cubierto: en la parte mas próxima á la entrada, una porcion de operarios hacen los moldes que han de recibir la fundicion al estado líquido; en el fondo la pared forma una rotonda; angostas aberturas, por donde asoma el resplandor de vivas llamas, indican la presencia de los hornos de reverbero, donde se opera la fusion del metal; finalmente, una enorme garrucha dibuja en el centro del taller sus macizas formas. Delante de la pared semi-circular en cuyo derredor se abren los hornos, hay una zanja también semi-circular, que tiene una profundidad de 7 metros, donde se depositan los moldes. En cuanto á los hornos, están de dos en dos pegados á la pared exterior: son ocho, y cada uno de ellos recibe una carga de 3,000 kilogramos de metal. En la composicion de esta carga entra siempre, además de las fundiciones de primera fusion de la casa y de fuera, cierta proporción de fragmentos procedentes, ya de viejos cañones fuera de servicio, ya de restos que quedan en los talleres del taladro. Los hornos se calientan con hulla, y se activa bastante el fuego, para que el metal se ponga líquido al cabo de cinco horas.

Los moldes se hacen de arena por medio de modelos de madera contruidos en un taller de carpintería dependiente de la manufactura. Estos modelos, que representan exactamente el cañón que hay que vaciar, se dividen en trozos mas ó menos numerosos, segun la fuerza de las piezas: cada trozo se pone verticalmente en el centro de un bastidor de fundicion que sirve de cubierta al molde, y luego se echa la arena entre este bastidor y el molde, y se va apretando fuertemente con unos mazos á medida que se introduce. Terminada la operacion, los trozos de molde preparados así se tienen cuarenta y ocho horas al calor para que suelten toda la humedad, y luego se reúnen y se sujetan con clavijas que se adaptan al bastidor. El molde está ya completo, y entonces se saca por medio de la garrucha que le deja verticalmente en la zanja delante de los hornos, donde les ponen dos tubos corvos ó sifones, uno en la parte inferior y otro hácia la mitad de la altura, y que comunican con los conductos por donde pasa el metal en fusion.

El molde es siempre una cuarta parte mas largo que ha de ser la pieza, y este sobrante forma en la parte superior una especie de receptáculo donde se aglomeran todas las impurezas que trae la fundicion en su superficie. Así pues, cuando sacan del molde la pieza, tiene una prolongacion que debe suprimirse antes del taladro.

La operacion del moldaje se ha simplificado mucho por causa de la nueva forma de los cañones. Como estos son de culata móvil y tienen lorigas, de las cuales una recibe los muñones, ya no se necesita, como antes, añadir al bastidor principal otros bastidores articulados con los moldes de los muñones y del remate de la culata. El problema se reduce á vaciar un cilindro ligeramente cónico, cuya superficie no complica ya ningun saliente.

Durante largo tiempo vaciaron los cañones obteniendo un cilindro lleno, en el cual el taladro abría el oído. Hoy no se hace así: ponen una vara revestida de tierra refractaria en el centro del molde, para que quede en el centro de la masa metálica un espacio vacío que el taladro no hace mas que regularizar después; y este procedimiento no solo simplifica el trabajo, sino que da á la pieza mayor solidez en la region del oído, pues toda esta zona se encuentra en efecto sometida á un enfriamiento mas pronto que las otras partes, y adquiere por lo tanto mayor dureza y tenacidad.

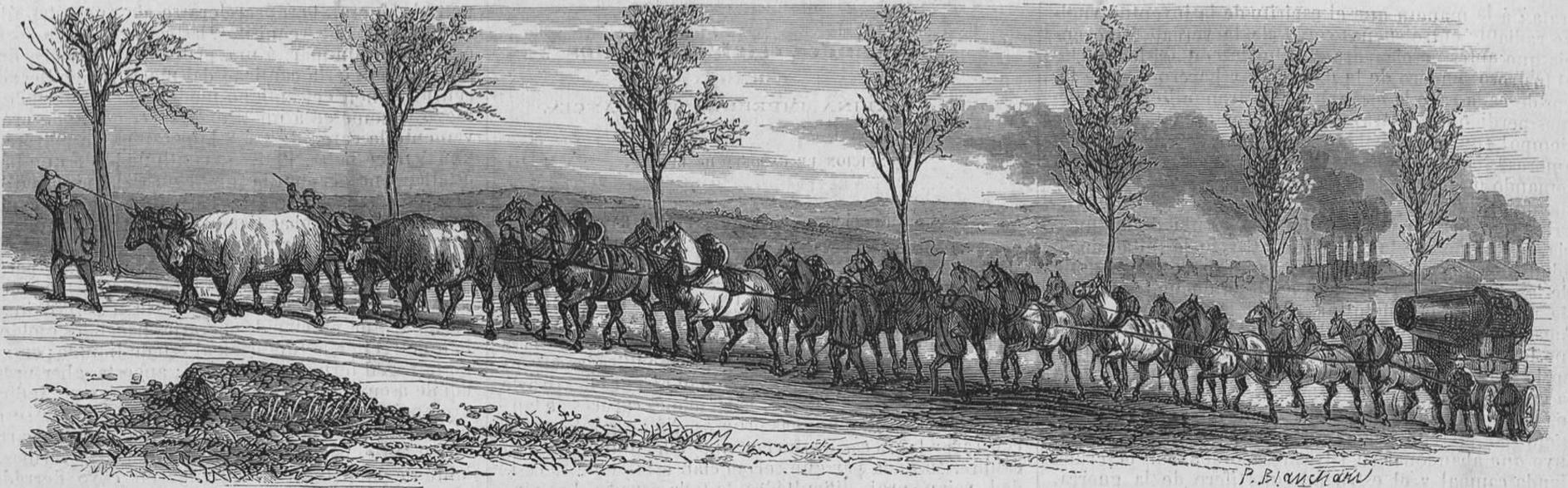
Cuando el metal está á punto en los hornos, una campana advierte que va á comenzar la colada. A la puerta de cada uno de los hornos, y en el trayecto del canal que debe llevar á los moldes el canal en fusion, hay operarios con sombreros de alas anchas que protegen el rostro de la intensidad del calor; unos llevan la *quenouillette*, larga vara de hierro encorvada que termina en un cono de tierra refractaria, la cual debe servir para moderar la corriente de fundicion á la salida del horno, y otros están armados con palas, para guiar en su curso el arroyo de hierro, y para detener al paso las escorias.

A una señal que da el jefe, abren la pared del horno, y la fundicion líquida, blanca de incandescencia, sale por la abertura y corre como un río de lava, iluminando el vasto taller con luces encarnadas, como los reflejos de un incendio.

Al cabo de tres á cinco dias, segun el grueso de la pieza, sacan los moldes de la zanja y desembarazan el cañón del bastidor que le rodea; entonces no es otra cosa que un largo cilindro de fundicion, que, de los parques donde se deposita, va luego al taladro.

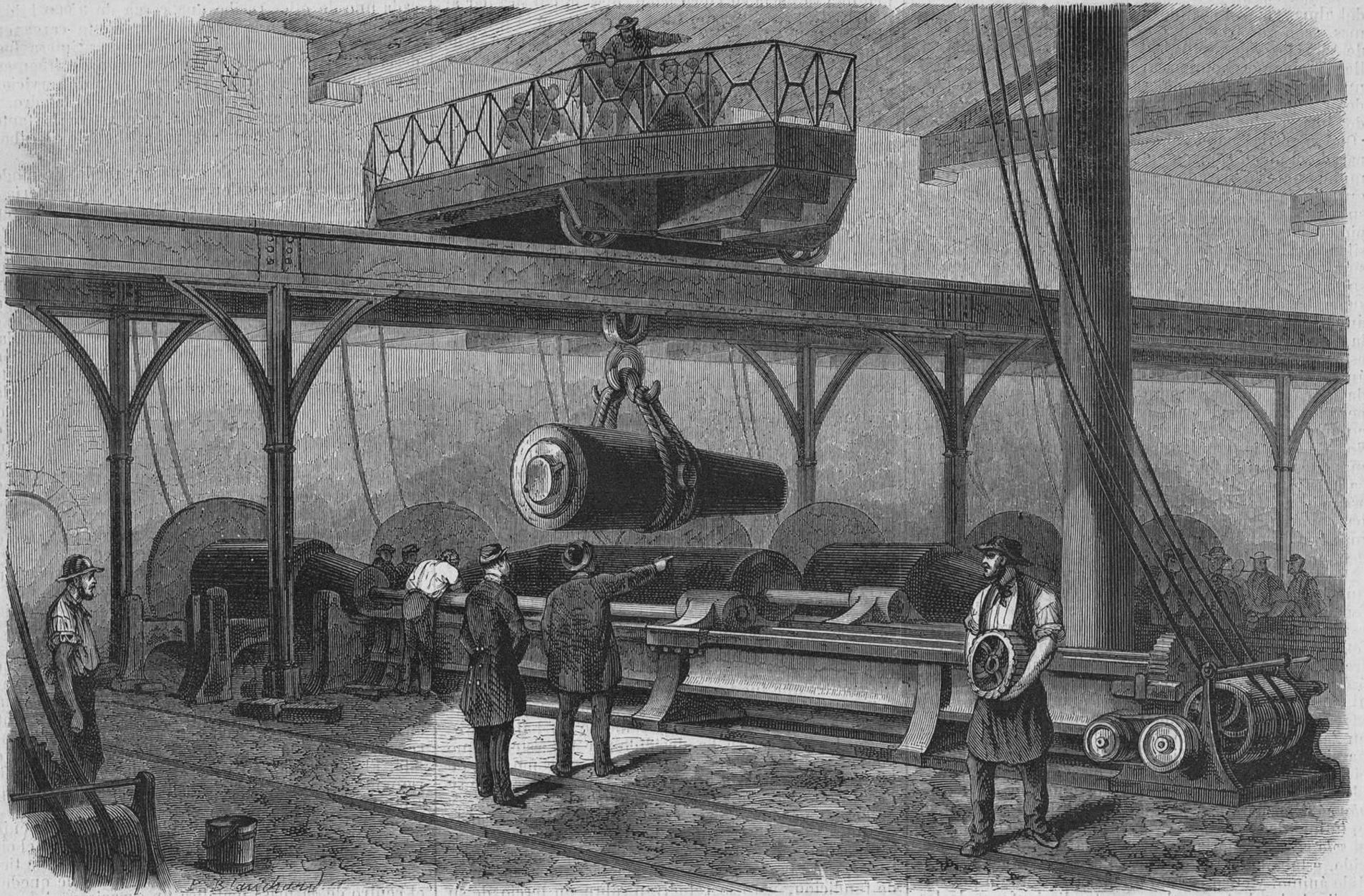
(Se concluirá.)

J. B.



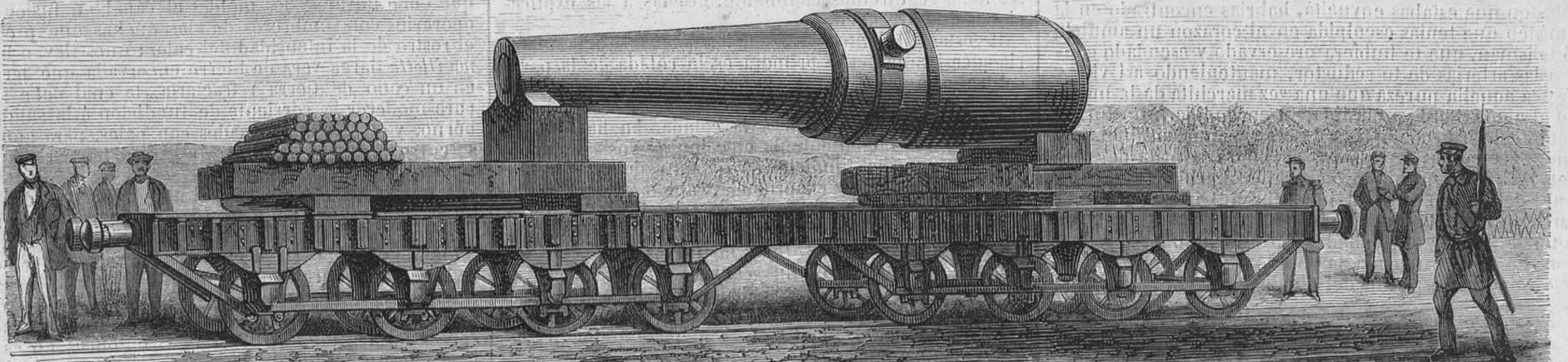
P. Blanchard

La fundicion de cañones de Ruelle. — Cañon que sale de la fundicion.



P. Blanchard

El taladro.



F. Blackhard

Cañon de grueso calibre trasportado por el camino de hierro.

Allan Kardec

Y EL ESPIRITISMO.

El espiritismo está de luto. La muerte acaba de arrebatarse a su pontifice, Allan Kardec, que en su delirio se proponia elevar el espiritismo a la altura de un culto, enfrente del catolicismo.

En una época en que Lamennais señaló como un mal del siglo la *Indiferencia en materia de religion*, Allan Kardec buscó en las mesas giratorias, en los espíritus golpeadores y en los *mediums* lucidos, el fundamento de un nuevo dogma, y tuvo partidarios! La noticia de su muerte despertará pues dolorosos ecos. Un profeta en medio del siglo XIX, un iluminado en la época del vapor, del gas y de la electricidad, es una figura curiosa: un fundador de religion, por el estilo de Fourier, Chatel y Juan Journel, merece la atención pública, cualquiera sea por breves instantes.

No queremos, por cierto, tocar en nada a una clase de estudios que la ciencia deja en la sombra de la experimentación oculta. Sin embargo, diremos que si el sonambulismo y el magnetismo, ocuparan un poco mas al Instituto, la muchedumbre demasiado crédula se impresionaria menos, y nos encontraríamos con simples fenómenos del dominio de la psicología. Pero la ciencia desdeña el examen de esas cuestiones, y en vez de experimentos interesantes nos hallamos con prácticas desconocidas y de propaganda religiosa.

Bajo este concepto, el mundo del magnetismo se halla entregado a los *apóstoles*, y en ese apostolado Allan Kardec ha sabido brillar en primer término. El gran sacerdote comenzó miserablemente. Tenia entonces el nombre sencillo de M. Rivail, y con su señora se hallaba al frente de un humilde colegio de señoritas. Luego al cabo de algun tiempo desaparece la institución, y M. Rivail entra de empleado en un teatro; pero este puesto no le conve-

nia y se trasladó de dependiente a una casa de librería religiosa.

Era aquel el tiempo en que las mesas giratorias ha-

charlatanes, los adeptos de la reencarnacion no creian mas que en el lápiz. Las pitonisas, es decir, los *mediums*, se sentaban a una mesa, los espíritus conducian sus lá-



Allan Kardec.

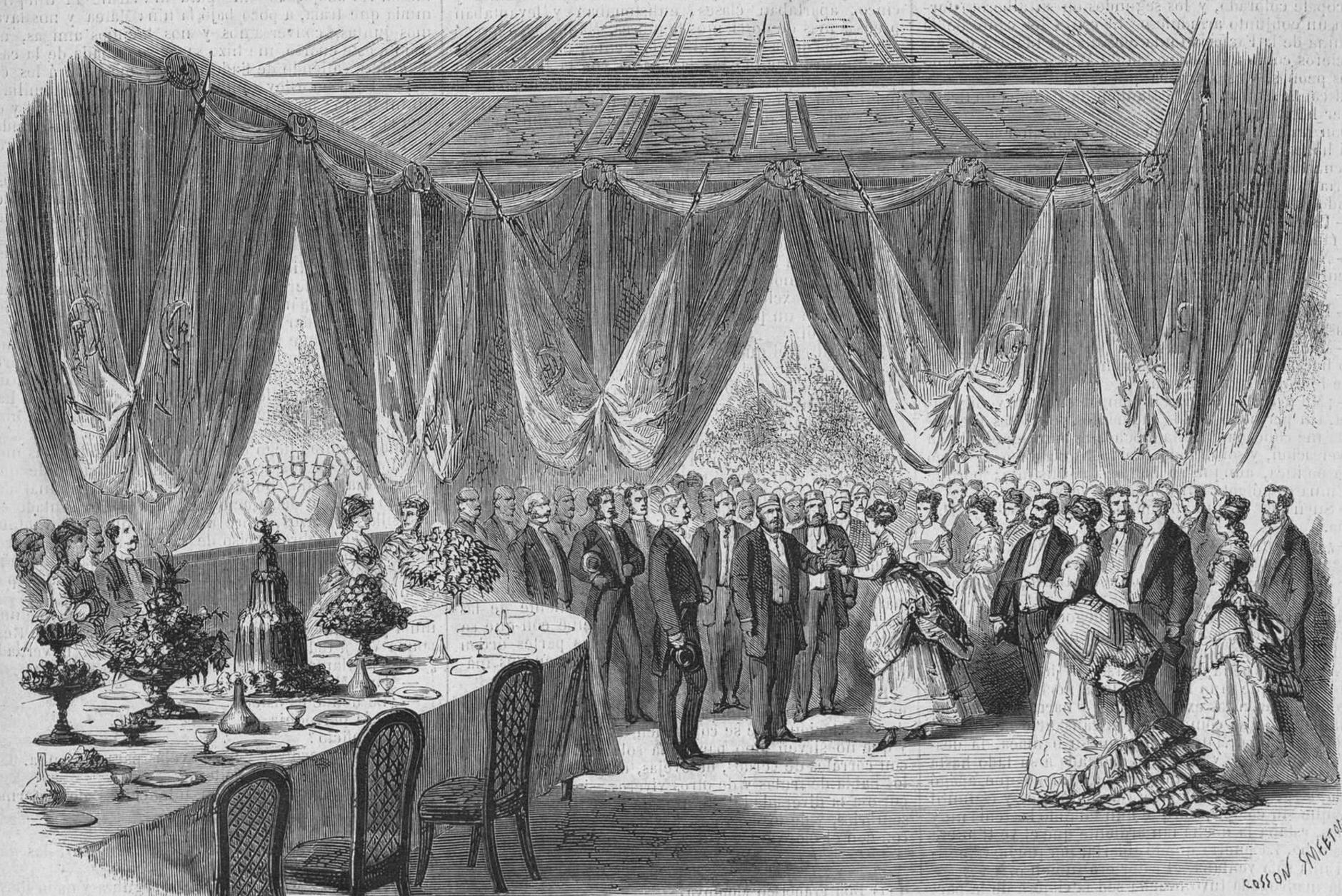
cian furor en Paris, como hoy el velocifero.

Supo M. Rivail que en la calle Coquenard habia dos señoritas que hacian experiencias de magnetismo; fué a verlas y salió iluminado y resuelto a dejar atrás a todos los experimentadores. Allí donde estos no veian mas que mesas giratorias, fenómenos producidos por los espíritus, M. Rivail vió todo un mundo y el germen de una doctrina que le seria fácil convertir en creencia religiosa.

El nuevo adepto de las mesas giratorias escribió un libro titulado el *Libro de los espíritus*, donde abandonó su apellido vulgar para tomar el nombre mas retumbante y misterioso de Allan Kardec, el cual nos da desde luego la clave de la doctrina. Esta doctrina descansa en la creencia de la *reencarnacion*, esto es, la vuelta del alma a este mundo, por medio de una encarnacion nueva, a largos periodos de tiempo. De este modo los espíritus revelaron a M. Rivail, que habia vivido en el siglo XII y que era un jefe breton llamado Allan Kardec. La fortuna le habia jugado, pues, una mala pasada, pues de aquella jefatura le habia precipitado a la humilde condicion de mozo de libreria.

Sin embargo, al mismo tiempo el espíritu revelador le da la investidura del apostolado. Allan Kardec publica folletos que se venden con rapidez, y funda la *Revue spirite*, que tuvo suscritores en toda la superficie del globo. Organiza reuniones en que se entra pagando y la gente acude en muchedumbre. El culto del espiritismo cuenta adeptos a miles.

A decir verdad las prácticas de esta religion son bastante monótonas. Allan Kardec, para neutralizar la ridiculidad, habia mandado que las comunicaciones con los espíritus se hicieran exclusivamente por escrito. Como Mangin, el charlatán de los



Visita del virey de Egipto al istmo de Suez. — Recepcion del virey en Ismailia.

CASSON SNEYDER

pices y terminado el dictado, se leían con recogimiento las revelaciones de ultra tumba, y la asamblea se inclinaba con una docilidad digna de mejor causa.

Sin embargo, apresurémonos á añadir que el espiritismo ha perdido mucho de su boga. Todo pasa en este mundo, sobre todo las cosas de este género. Paris no se ocupa ya de la capilla, elevada con tanto ruido por el nuevo profeta, y á la verdad, no nos quejaremos nosotros de estos dioses nuevos que se van como el humo.

No nos corresponde hacer aquí la crítica de tan miserables aberraciones, y concluiremos observando que en todas partes donde ha obtenido triunfos pasajeros el espiritismo, se ha elevado en considerable proporción el número de los locos. *Et nunc erudimini!*

R DE M.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

Manuela no pudo contener un suspiro, y los hombres que estaban mas inmediatos la miraron con una curiosidad profunda, porque en el suspiro de una bella creemos ver el prospecto de una historia, así como pensamos que hay un dolor detrás de un quejido. El bambuco inspira tristeza á los tristes, á los alegres les inspira alegría, y el que se estaba ejecutando era grave y heróico en algunas de sus mudanzas.

En estas funciones del pueblo descalzo es que puede hallar el observador de costumbres la diferencia de las canciones importadas de España y las canciones de la tierra caliente de Sur América. Las unas estudiadas en las academias con todas las reglas del arte, y las otras estudiadas en la garita, la canoa, la senda de la montaña ó el lavadero, sin mas reglas que el sentimiento y la inspiracion. Desde el momento se notaria que el estilo de aquel bambuco era blando, suelto, libre y armonioso como el canto del toche que las hijas de las estancias oyen desde la infancia en el platanar de su choza ó en los árboles de su patio. La insinuacion era tierna y expresiva, alternando la calma con la tristeza y el dolor. Los sonidos eran flexibles, muy armoniosos por las influencias del clima que le da soltura y fluidez á la voz humana en la tierra caliente, así como en la tierra fria endurece y dificulta los órganos de la voz. En una salida de los niños de una escuela de Bogotá y la salida de los niños de la escuela del Guamo ó Espinal, se puede observar el fenómeno. Los primeros rasgan los oídos como la lima del cerrajero ó los pericos de copete colorado, y los segundos en su alboroto forman un conjunto armonioso. El estilo del canto de la esquina de la Factoría tenia encantados tanto á los estancieros como á los bogas, tanto á los empleados como á los peones, y esto prueba que agradaba.

El canto seguía; pero á Manuela la llamaba un tierno deber hácia la posada.

Don Aniceto tuvo la bondad de acompañar á la viajera hasta la posada, y en la puerta les conversó mas de un cuarto de hora sobre asuntos vulgares que lo mismo habria sido que los dejase para el siguiente dia. Matea viendo esto, se animó á decirle:

— Usted como que no ha de querer entrar á visitarnos tan tarde, ¿no es verdad?

— No tenga Vd. cuidado, *mi sía* Matea, que yo no soy de cumplimento, ¿no es verdad?

— Yo creía que Vd. tendria gana de dormir.

— Es mucho mejor gozar de la presencia de las bellezas.

— Muchas gracias, dijo Matea, pero Vd. tendrá pensado hacernos una larga visita mañana, la que de mi parte le estimaré muchísimo.

— ¡Mil gracias! Tendré la complacencia de venir mañana, sin perjuicio de los momentos deliciosos que Manuela me conceda en esta noche. Es tan agradable su conversacion, y sobre todo tan instructiva en el ramo de la política, aunque su bandera es distinta; porque esta niña es gólgota abí donde Vd. la ve.

— Sueño es lo que yo tengo y cansancio, dijo Manuela.

— ¿Es decir que Vds. me desairan la visita ó que mi presencia molesta?

— No, señor, dijo Matea; por el contrario, yo lo aprecio á Vd. infinito.

Dámaso tenia deseos de que el negociado de la visita en cuestion terminase sin su ingerencia; pero viendo que iba á lo largo, llamó á Manuela. Al oír su voz, tuvo don Aniceto la pena de despedirse sin hacerle á Matea la visita, aunque eran las doce de la noche.

Pronto pasaron las explicaciones y narracion de Manuela para con su compañero; el cansancio la obligó á solicitar su cama. Matea le designó su hamaca, la desnudó de sus galas, y se estuvo acostada á su lado hasta que se durmió, que fué muy pronto. Luego que apagó la vela, se acostó en una estera de chingalé, y es inútil decir que sin cobijas, porque aun cuando las tenia muy buenas, estaba la noche tan ardiente que el vestido era un estorbo. La puerta quedó abierta, porque no teniendo ni una sola ventana, el calor era inmenso.

A la madrugada tuvo mucha sed la viajera de la par-

roquia; prendió un fósforo, encendió la vela para buscar la jarra, y luego que bebió reparó que el cuarto estaba casi lleno de gente, porque despues que se habia dormido habian entrado cuatro personas mas sin hacer ningun ruido. Juzgó que eran las compañeras de Matea y tendió una mirada rápida sobre el campamento.

Junto de la puerta habia quedado, sin estar estrictamente ni adentro ni afuera, la socia de Villeta, que tenia mala cabeza y los tragos le solian dificultar la llegada hasta su cama. Mas adentro estaba Luisa Nucurú, de cuyas aventuras tenia noticias Manuela: se hallaba extendida sobre un costal de dos varas de largo, cuyo tejido, mas ordinario que el anjeo, se le habia marcado en el cachete y el brazo, y estaba vestida de lujo. Contrastaba el color de tabaco en polvo de su rostro con la blancura de su pañoleta de batista y su traje de muselina: resaltaba el oro sobre su cuello y sus orejas, y por una especie de sonrisa debida tal vez á la postura de la cabeza, sus dientes bellisimos contrastaban con sus morenos labios.

— ¡Pobre indiecita, dijo entre sí Manuela, mas rica era cuando vestia su ruanita y su manta poseyendo sus tierras de Coyaima, que vestida de lino y seda! ¡Y es qué jóven y qué bonita!

La guamuna y la bogotana habian llegado seguramente á sus camas con mas tranquilidad que las otras, pues que se habian desnudado de sus galas. Rufina estaba tambien dormida, pero llamaba á San Juan y aguijaba su caballo, durante el sueño, segun las palabras que vertia. Manuela la llamó para que se acostase bien. Matea estaba bien acostada, tenia una sábana muy fina por encima, y su sueño era tranquilo. Dámaso tambien dormia con quietud, y sobre él fué que reposaron por mas largo tiempo los ojos de la observadora casual de toda la escena.

— ¡Pobre! dijo Manuela; ¡que por un gamonal haya de estar pasando trabajos!

Apagó la vela y se acostó en su hamaca, no volviéndose á despertar hasta que sonó una campana, que despertó á todas las compañeras de Matea, las cuales se vistieron de prisa, con enaguas de fula, pañolon lacre de hilo y sombrero de murrapo, para irse al gran canei de los aliños á tomar el trabajo desde las cinco y media, con los primeros destellos del dia.

Matea se interesó con su paisana para que no se fuera hasta el dia siguiente, á fin de que conociera la ciudad y sus curiosidades; le ofreció no ir al trabajo por tal de acompañarla, añadiendo á las razones de su peticion el no estar enteramente deshinchado el pié de Dámaso. En consecuencia de esto llevó Manuela á su paisana á tomar chocolate á Campo-alegre, y en la misma calle donde las peonas se desayunaban se sentaron junto de un brasero que una ibaguereña manejaba; tomaron chocolate con almojábana y queso; luego entraron en el canei de la Compañía de aliños, en donde alizaban tabaco en un corredor solado con neme ciento cincuenta mujeres, pesaban y enmanoaban ciento veinte y cinco, apartaban clases, enlistaban y levantaban prensas mas de doscientos hombres. Manuela se quedó asombrada de la actividad de la gente, en especial de las mujeres, que movian las manos con la ligereza con que las tominejas mueven las alas, y que dejaban el puesto con repugnancia cuando era la hora, por tal de ganar seis ú ocho pesos en la semana, sin que las arderase ni el hambre, ni la sed, ni el calor, ni la fatiga. ¡Honor al fundador de la primera casa de aliños, quien con sus cálculos comerciales, sus recompensas al trabajo y su espíritu de orden mantuvo en el interior de la República un plantel de especulaciones para los ricos y los pobres!... (1).

Los empleados se paseaban por los corredores de sesenta varas de largo, y Manuela preguntó á su paisana cuál era el amo de su trabajo.

— ¿Amo? exclamó Matea, haciendo sonar uno de sus cachetes con un puño que se dió, ¿amo? De eso no se usa por aquí.

— ¿Cuál es el que las sacude con la zurriaga, pues?

— Esta es la zurriaga que gobierna todas las cosas, dijo Matea, mostrándole tres ó cuatro fuertes.

— ¿Y aquí no hay trabajo de noche?

— Suele haber; pero se alumbran con faroles todos los salones, el patio, el zaguan y la puerta de la calle; aquí no se sale ni se entra nunca en peloton, sino que las mujeres entramos ó salimos antes de los hombres. Lo mismo que en el trapiche de don Cosme y de don Blas. Cosa muy parecida...

De allí condujo Matea á la bella parroquiana á la Factoría que dejaron hecha los españoles, que es un edificio sólido y muy capaz, que sirve de oficina de aliño; pero del corredor se volvió Manuela tapándose las narices con su pañuelo por el olor pestilente de las garras podridas de los cueros y del neme con que se zulaquean las petacas de cuero. En todas partes orden y actividad, y peones esforzados y diestros en sus maniobras.

Despues de almorzar fueron al puerto de las balsas, en donde estaba la ribera circunscrita por esos buques de exportacion, que se componen de balsos y guadua, y que no sirven sino para una sola vez. Habia balsas con corrales de cerdos, de ovejas, de gallinas y piscos; los habia de frutas y de otros víveres, siendo una cosa curiosa la diversidad de figuras de las cubiertas, de los sombríos, y de los corrales. Las dos amigas se provocaron con el olor de las frutas, y preguntaron los precios

de los mangos y de las naranjas. El balsero se estaba bañando; desde la mitad del rio hizo el trato, de allí les botó las frutas que pidieron, y luego se aproximó un poco á las compradoras para poder recibir la plata. Por donde quiera recibia Manuela elogios á su hermosura, que le tributaban en discursos mas ó menos comedidos, desde los peones hasta los magnates de la casa. Los galanteos de los bogas se solian subir de punto, pero Manuela conocia su posicion de descalza y toleraba como todas las pobres.

Manuela ansiaba por bañarse; su paisana la llevó á un puerto donde ella se bañaba, mas arriba de la factoría vieja. Fué tan agradable como dilatada esta sesion, que no tuvo nada de secreta, porque del lado de la ciudad pasaban las gentes por la ribera, y del lado del rio pasaban los barqueros y los balseros. Galanes habia que no omitian la ocasion de dirigirles sus obsequiosos cumplimientos, que Matea sabia contestar con desenfado. La fama de la nueva peona, le atraia curiosos y aficionados por donde quiera. Cuando pasaron las dos amigas con enaguas azules de fula, por toda la calle, desde el rio hasta el cuarto, llevando el pelo suelto sobre sus pañolones colorados de algodón, fueron seguidas de infinitas miradas.

Las asistencias y el agua se obtuvieron de una tienda vecina, y Manuela descansó toda la tarde en la hamaca. Por la noche, hubo un rato de conversacion general de todas las socias; pero habiendo salido á la calle Dámaso, Matea y las compañeras, Manuela se quedó con la juiciosa Rufina. Despues de un gran rato de conversacion, resultó que eran parientas; le preguntó cómo habia venido de Llano-grande, y Rufina le dijo:

— A los quince años me hallaba yo bonita, alegre y divertida, pero me quise divertir tanto, que me pasé de lo mandado. Los bailes de mi tierra son afamados, las fiestas son consecutivas, porque de un pueblo se pasa á otro, y el San Juan... eso no se diga, porque hombres y mujeres, todo el mundo monta á caballo á correr hasta cansar las bestias. Me pasé de alegre, como le iba diciendo, y á poco los parientes y la familia me quitaron el cariño, y algunos hasta el habla, porque en mi tierra hay celo y hay vergüenza, y hay cierto castigo para la que se porta mal, que consiste en no hacerle caso, cuando ya echa por la calle de en medio; á mí me sucedió que hasta los mismos que me hicieron odiosa para mis parientes dieron en no hacerme caso, y viéndome yo menospreciada en mi tierra, aunque estaba muchacha y buena moza todavía, le pagué á un balsero para que cortara cuatro balsos bien gruesos, los amarrata con bejuco y me trajera á Ambalema, sin que lo supiese ninguna persona. Yo aporté el fiambre y una mudita de ropa; él su palanca y su tiple, y me embarqué en el Magdalena, llorando por mi madre, por mi tierra y por uno de los mismos que me habian menospreciado.

Cuando llegué al puerto de la Factoría, mi boga se despidió y cortó los bejucos de los balsos, para que se fuesen río abajo. Me bañé para mudarme la unikueta muda que traía, á poco bajó la niña Matea y nos lavamos juntas, conversamos y nos hicimos amigas, me traje á este cuarto, me hizo sacar ropa fiada de la casa de aliños, saliendo de fiadora mia y me llevó á los caneyes. Pero no estoy contenta, pienso en mi familia y en mi tierra; he juntado cien pesos de mi trabajo y de una rifa, me voy á pasar el San Juan á Llano-grande, despues pondré una estancita y viviré con arreglo. Creo que Dios me ha tocado el corazon.

Esa noche durmió Manuela tranquilamente. Dámaso se mejoró del pié y no hubo mas novedad, sino que dos compañeras no se quedaron en el cuarto, pero volvieron á los tres cuartos para las seis.

El viaje estaba resuelto; despues de estar todo dispuesto se despidieron Manuela y su compañero; pero al salir de la puerta les intimó la orden de prision un comisario acompañado de cuatro gendarmes, y á empujones fueron á dar á la cárcel.

El calabozo que le tocó á Manuela era oscuro, aunque tenia una ventana que daba á la plaza, y su primer acto de desaliento fué dejarse caer sentada en un rincón y ponerse á llorar por algunos minutos. No habia sino una compañera de posada, de la que no hizo caso por entregarse á sus lamentos.

A poco tiempo llegó un esbirro á perturbar las meditaciones y los suspiros de la victima, diciéndole que lo siguiera, y fué conducida delante del tribunal del crimen á dar su declaracion. El juez estaba sentado en una silla de brazos, sobre un teatro que se levantaba vara y media sobre el piso de la sala, á Manuela le señalaron por asiento un banco, sobre el cual temblaba como gelatina, y su semblante estaba desfigurado por el miedo que la poseia. El juez le dijo:

— Está Vd. acusada de complicidad en el robo de una mula y denunciada como prófuga de su parroquia. Responda Vd. á todas las preguntas sin faltar á la verdad. ¿Cómo se llama usted?

— María Manuela Valdivia.

— ¿De dónde es usted?

— De la parroquia de ***.

— ¿Su oficio?

— Amasar, revolver y hacer velas para la tienda.

— ¿Usted es casada ó soltera?

— Soltera; pero vine con intenciones de casarme aquí.

— ¿Por qué se vino Vd. de su tierra?

— Porque un gamonal me perseguia y para los gamonales no hay justicia.

— Responda Vd. á lo que se le pregunta y nada mas; ¿con quién se vino de su tierra?

(1) Don Francisco Montoya.

— Con un hombre que se llama Dámaso.
 — ¿Qué es de Vd. Dámaso Bernal?
 — Es el que va á ser... mi marido; y si no hubiera sido por el gamonal ya nos habríamos casado.
 — Responda Vd. á lo que se le pregunta. ¿Usted vino á caballo?
 — No, señor, vine en una mula que le alquilaron á mi compañero.
 — ¿De qué color es la mula?
 — Retinta.
 — ¿Qué fierro tiene?
 — No lo ví.
 — ¿En dónde pasó Vd. el día antes de llegar al puerto?
 — En la Ceiba.
 — ¿Con quién habló Vd. en la Ceiba?
 — Con mi tocaya y con don Aniceto Rubio, que estaba acostado en la hamaca.
 — ¿De qué conversó Vd. en Ceiba?
 — Del familiar y de la política.
 — ¿No más?
 — No más.

Luego que los sayones volvieron á encerrar á la desdichada víctima, sacaron á Dámaso de su calabozo, y sentado en el mismo banco, respondió á las siguientes preguntas:

— ¿Quién trajo á Manuela Valdivia á Ambalema?
 — Yo.
 — ¿A pié ó á caballo?
 — A caballo, en una buena mula retinta.
 — ¿Qué fierro tenía la mula?
 — Dicen que es una K.
 — ¿Luego Vd. no lo ha visto?
 — Yo no conozco letras.
 — ¿De dónde hubo Vd. esa mula?
 — De don Atanasio Gomez, que me la alquiló.
 — ¿Manuela Valdivia es casada ó soltera?
 — Soltera como tantas otras que están viviendo en esta ciudad sin que nadie les pregunte por qué camino han venido, y ella se casará conmigo muy pronto.
 — ¿En dónde pasó Vd. la noche antes de venir aquí?
 — En la Ceiba.
 — ¿Con quién conversó usted?
 — Con la niña Manuela Villar.
 — ¿Usted no habló con algun caballero?
 — Creo que en la hamaca había un hombre de los de la clase de botas; pero no hablé con él ni le ví la cara.

Después de confesionados los presos duraron tres días sin que los jueces los volvieran á interrogar. Matea era la que no cesaba de acudir á la reja por la tarde y por la mañana. Por conducto de ella consiguió de un empleado veinte y cinco pesos prestados á rédito por un mes, á razón de á real diario por cada peso, para subvenir á los gastos mas necesarios.

El sayon que custodiaba los presos le avisó á la víctima de la parroquia que bien podría tomar fresco á las horas de la noche que quisiera en la reja, porque un señor le había sacado la licencia, y que ese señor le haría una visita cuando no hubiese gente por las inmediaciones.

De consiguiente, Manuela no se quitaba de la reja, esperando la brisa fresca de la madrugada y la cita de un aristócrata, porque señor quiere decir un grande en Nueva Granada. No había mas luz en la cárcel de mujeres que la del cigarro de Manuela, ni había quien oyese, porque su compañera dormía con suma tranquilidad, después de haber cometido un asesinato, pues con las revoluciones aprenden las gentes á quitar la vida á sus prójimos, con la misma facilidad con que las cocineras quitan la vida á los pollos. La víctima se afligía mas de ver pasar los grupos de gente libre y de oír cantar el bambuco en algunas tiendas. El bambuco la hacía llorar recordándole su tierra, su familia y sus mejores ratos.

¿Cuántos reos de crímenes atroces, decía, se estarán paseando, mientras que yo me hallo sumida en un calabozo, y mientras que mi huésped de la parroquia no cesa de elogiar la igualdad legal de la Nueva Granada!

A tiempo que la luna se ocultaba detrás de las colinas que cercan á Ambalema, se acercó un individuo de vestido blanco, y le dijo:

— ¡Cuánto siento la desgracia de usted, hermosa joven!

— Mil gracias, señor, dijo la prisionera, y reconoció la voz de don Aniceto.

— Creo que puedo salvarla.

— ¡Tanto se lo agradezco, señor don Aniceto!

— No hay puerta que no se abra con llave de plata.

— ¡Ay, qué gusto! ¿Cuándo, don Aniceto?

— Puede Vd. salir dentro de media hora y seguir en el momento al caney del Guayabo con la persona que la saque. Allí no sabrá nadie de Vd. y lo pasará divinamente, ¿está?

— ¿Y Dámaso?

— El puede marchar á la noche en un barqueton que mi casa despacha para Mampós con tabaco superior de plancha libre, ¿me comprende? y yo le recomendaré con una carta.

— Entonces si no hay otro recurso, me espero á la noche y me voy para Mampós.

— ¿Á esos temperamentos?

— A morir donde él muera, porque así lo tengo jurado.

— Son exageraciones. En el Guayabo queda usted muy bien.

— ¿No podrá ir Dámaso al caney?

— Eso de abrigar encausados es muy delicado para los dueños de tierras.

— No tanto, don Aniceto. Bien que les gusta servirse de los encausados y hasta de los reos que sacan de las cárceles porque les sirvan de balde.

— Pues le hablo á Vd. con franqueza, ¿me entiende usted? las cosas no estaban preparadas sino de ese modo.

— Pues le doy las gracias. Aquí me quedaré; ó iré á la reclusión de Guaduas, ó iré al cementerio á descansar para siempre, si la fiebre me da estando en el calabozo.

— No piense Vd. en esas cosas, preciosa Manuela. Yo estoy pronto á servirle. Cuente Vd. conmigo. Piense usted el asunto y mándeme á decir con Matea su resolución. Ante todas cosas yo he venido á decirle que me nombre su defensor en la causa. Adios, yo volveré por acá.

Pronto estuvo concluida la causa de hurto y rapto, y se presentó un oficio al juzgado en que un individuo reclamaba á la jóven prófuga y la mula, presentando los poderes auténticos de los jueces de la parroquia.

Si hizo comparecer á Manuela para notificarle la resolución, y estando en el juzgado entró el apoderado que debía hacerse cargo de ella. Era don Tadeo.

Manuela se puso pálida y no se sabía qué indicaban sus facciones, si rabia ó espanto.

— Usted queda bajo el poder de este señor que la ha reclamado con un poder especial, dijo el juez á Manuela.

— Es el enemigo que me perseguía en la parroquia, señor juez; es el gamonal mas depravado y mas infame. Los documentos que haya presentado son falsificados por su propia mano, porque él sabe falsificar todas las cosas de los juzgados. Cuando me vine de mi parroquia quedaba triunfante de las autoridades; cuando yo venia por el camino pasó huyendo, porque ya se le había vuelto el Cristo de espaldas, y ahora pretende apoderarse de mí, lo que no había logrado con ofertas, ni con amenazas, ni con leyes del cabildo, ni con perseguirme últimamente con los comisarios y los policías. Yo vengo huyendo desde mi tierra para escaparme del poder de este tirano, y ¿tendrán valor los señores jueces para entregarme en sus manos?

No pudo continuar la víctima porque los sollozos y lágrimas la ahogaban, y entre tanto que se reponía, pidió don Aniceto que se cotejasen las firmas del oficio y del poder con las firmas de las autoridades de la parroquia estampadas en algunos documentos oficiales, y declaró el secretario y un adjunto que las firmas y la letra eran autógrafas.

— Queda, pues, la prófuga á cargo del señor Tadeo Forero, dijo el juez, y mandó extender la diligencia por escrito.

Manuela alzó las manos al cielo, y dijo:
 — Conozco que solo Dios puede librarme de este tirano.

El comisionado se había levantado del asiento y le instaba para que le siguiese. Manuela miraba á los jueces y á la barra, y parecía que meditaba en algun arbitrio supremo, cuando entró Matea al juzgado y temblando de angustia y precipitación, exclamó:

— Señores jueces, que se detenga un minuto la resolución. Traigo aquí una carta que sirve para aclarar este asunto, y pido que se lea.

— Que se lea, dijo el juez; no hay inconveniente ninguno.

El secretario leyó, y el papel decía lo siguiente:

Parroquia de ***

Señor Judas Tadeo Forero.

Mi apreciado amigo: — Va el portador con el objeto de que Vd. se retire inmediatamente de Ambalema, porque las cosas se están poniendo muy malas: volvieron los hacendados á coger la causa que se siguió contra Vd. por el robo de caballos, y por abusos de autoridad y qué sé yo qué mas diabluras. Parece que Manuela y Dámaso se fueron para esa, sin saber que habíamos roto las puertas de la cárcel unos cuantos amigos para sacarlo á Vd. y al denodado Juan Acero. Escóndase Vd. debajo de la tierra porque van á mandar requisitoria. — Mande á su afectísimo compadre y socio que besa su mano.

MATÍAS URQUIJO.

— ¿Y cómo prueba la señora Matea que es auténtica la carta?

— En el archivo número 6º, letra B, hay comunicaciones de esa parroquia, y existen unos oficios pidiendo unas mulas de las expropiadas durante la revolución del señor general Melo, y están escritas y firmadas por el señor Urquijo como alcalde parroquial, dijo don Aniceto.

— La firma es la misma, dijo el secretario después de registrar el cajon número 6º.

— Hay indicio grave, dijo don Aniceto, contra Judas Tadeo Forero, y yo pido que se le prenda mientras que se pone un posta á esa parroquia dando cuenta de lo sucedido, y entre tanto la mujer acusada de complicidad en el robo de la mula debe escarcelarse, y yo la fío de cárcel segura con tal que vaya depositada al caney del Guayabo, que es una casa bien caracterizada.

— ¿Y qué se hace con el acusado por el hurto y rapto? le preguntó el secretario al señor juez.

— Que siga en la cárcel hasta que pruebe cómo ha adquirido esa mula.

— Yo quiero quedar en la cárcel, señor juez, favor que pido como desgraciada, como perseguida, y como débil. Yo deseo permanecer en la cárcel todo el tiempo que tarde en aclararse este asunto.

— Yo me opongo, dijo el defensor, porque sería una injusticia de que se hablara despues, y con razon. Estoy por el depósito.

Se quedó el juzgado en silencio por unos minutos. Conferenció el juez en el solio con uno que otro que se acercaba, mientras que Manuela estaba sentada en el banco, sostenida por Matea, porque ya no podía resistir á los golpes diversos que estaba recibiendo. Al fin dió el juez la sentencia de este modo:

«Hágase cargo de la acusada el señor Aniceto Rubio, con tal que la deposite en una casa de respeto. Permanezca preso el acusado; mientras que vuelve el posta de su parroquia y del juzgado del circuito; quede en calidad de retenido el señor Judas Tadeo Forero, y lo mismo el señor Juan Acero.»

Manuela se resistió á salir de la cárcel, y conmovidos los jueces de sus lágrimas, le concedieron veinte y cuatro horas de plazo. Consultada por Matea sobre su resolución, le contestó:

— Prefiero estar junto de Dámaso, aunque sea con una pared de por medio, y escuchar sus recados por medio de Vd. y oír el murmullo de su voz; prefiero el encierro de este calabozo á la molestia de oír los ofrecimientos y las propuestas que me vengan á hacer los protectores de la humanidad; y con respecto á los ofrecimientos de don Aniceto yo le digo la verdad, que no sé á cuál le tenga mas miedo, si á don Tadeo ó á don Aniceto; porque hay ciertos dueños de tierras que creen que tener un puñado de tierra ó un mundo de tierra los autoriza para decidir de los precios de las cosechas, de la suerte y del honor de las estancieras y de las sentencias de los jueces. Te digo la verdad, Matea, que de un dueño de tierras déspota y arbitrario, y de un gamonal astuto, yo no sé con cuál me quede. Por eso he pedido por favor que me dejen en la cárcel. Y por otra parte quiero librarme de las impertinencias de mis apasionados, si es que no me obligan á ponerme bajo la autoridad del dueño de tierras. ¿Qué haría con el cuarto ocupado á cualquier hora por todos los que tuviesen á bien visitarme? ¿No sabes que los protectionistas ó protectores nos tratan poco mas ó menos á las calzadas, aunque en esta clase no faltan algunas que sean honradas; ó es que tambien estás pensando en los cuentos de la igualdad como mi huésped don Demóstenes?

Manuela fué restituida al calabozo por favor del juez, que se compadeció de su suerte y de sus lágrimas. Matea dió cuenta de todo á Dámaso por la reja de la cárcel, don Aniceto se mostró muy admirado de la estupidez de Manuela y seguía empeñado en proteger á la cómplice del delito de hurto, cuando se apareció en el puerto un amigo viejo de Matea, la cual lo conoció al saltar de la barqueta y le preguntó el objeto de la ida, y este despues que le pasó la sorpresa de ver á la hija de la manca Estefanía adornada de panderetas y sortijas de oro, y de muy buen vestido, aunque no estaba de tiros largos ese día, le dijo:

— Vengo de posta á traer las requisitorias para que metan á la cárcel á ese pícaro de Judas Tadeo y al infame ladrón de Juan Acero.

Matea condujo al posta al juzgado, y con gritos que fueron oídos por don Tadeo y por toda la gente, iba diciendo:

— ¡Viva la justicia del cielo! ¡Aquí están las requisitorias para prender á Tadeo Forero y á Juan Acero, como reos prófugos! ¡Viva Manuela!

La gente se agrupó en los corredores y salas del juzgado, y en presencia de todos dijo el juez:

— Queda libre Dámaso Bernal de todo cargo, queda expedita Manuela Valdivia para tomar el camino que quiera. Tadeo Forero y su compañero Juan permanecerán en la cárcel como reos prófugos convictos de horrendos delitos en su tierra.

Don Tadeo presentó un escrito atestado de citas de la Recopilacion Granadina, protestando contra la sentencia, tratando de tiranos á los jueces y de muy poco premunidos contra las influencias de los señores feudales, y por eso fué puesto en el cepo con dos agujeros de por medio.

Manuela compró unas piezas de loza de porcelana para los regalos de las amigas, guardó en su petaquita de vena de palmicha la sortija de oro que Matea le mandó á su hermana Rosa, se despidió de Rufina y de las otras compañeras, y bajó con Dámaso y Matea al puerto de las balsas, y allí se embarcó despues de mil abrazos y de mil protestas de gratitud para con la generosa y decidida Matea, que tanto le sirvió en sus trabajos. Al ocultarse Manuela detrás del amarillento barranco del puerto, se paró en la márgen é hizo el último saludo á Matea batiendo su pañuelo, á lo cual contestó su libertadora agitando su pañolon colorado, que se quitó para el efecto.

Ahora nos resta explicar algunos acontecimientos como por via de apéndice.

La carta del señor Matías Urquijo, que unos salteadores debían tener en su poder, segun el testimonio de ñor Elias, no estaba sino en el poder de ñor Dimas, y este viendo que pasaban tres días sin que sus coparroquianos volvieran de la ciudad, temiendo que la fiebre ambalemera, como la llamaba él, hubiese dado cuenta de ellos, dejó muy recomendada la mula que estaba cuidando, y pasó el rio, y por señas fué á dar al cuarto de su paisana Matea; y sabiendo en las que andaba su pobre paisanita, le dijo á Matea que él tenía una carta

para don Tadeo, que tal vez daba algunas luces sobre el asunto, y por eso fué que ella corrió al juzgado á presentarla.

Manuela volvió á posar á la Ceiba, y allí le refirió á su tocaya todas las bondades del dueño de tierras, esto es, de don Aniceto.

Nor Dimas arrimó de pasada á recoger los garrotes de guayacan, pero no los halló, y despues de observar con cuidado, concluyó sus cálculos jurando para sus adentros que su compadre le habia hecho el contrafómeque, á pesar de haberlos dejado traspues'tos y muy bien escondidos.

Volvió Manuela á la posada de la choza de las tres hermanas. El sordomudo le dió á entender que las mulas que habian pasado la noche que ella se quedó en la casa las habian vuelto á pasar para el lado de la sabana, y que un hombre habia pasado con tres garrotes de guayacan al hombro. Tuvo la destreza de darle á entender que era muy linda, que él se iba á quedar muy triste por no poder acompañarla, y en suma, que estaba enamorado de ella. No sabemos si los sordomudos y los simplemente bobos tienen mas pronunciado el órgano del amor, ó es que el ocio de sus facultades mentales y de sus fuerzas físicas los inducen á la galantería.

En la parroquia se acababa de saber que Manuela habia sido precisada á huir para Ambalema y era extremado el afán de doña Patrocinio, de don Demóstenes y de todos los de su partido; pero supieron su llegada con anticipacion de cinco horas y la esperaron con voladores y música. Era el triunfo del partido á fuerza de persecuciones y de alboroto; Manuela se hizo la víctima parroquial, que representaba las ideas de todo un partido, que al fin se llamó manuelista por la misma razon.

Llovieron los parabienes y las visitas en la casa de la señora Patrocinio, y hasta el cura se congratuló con sus vecinas por la pronta vuelta de la novia perseguida; pero le hizo presente á doña Patrocinio la conveniencia del casamiento dentro de quince dias á lo sumo.

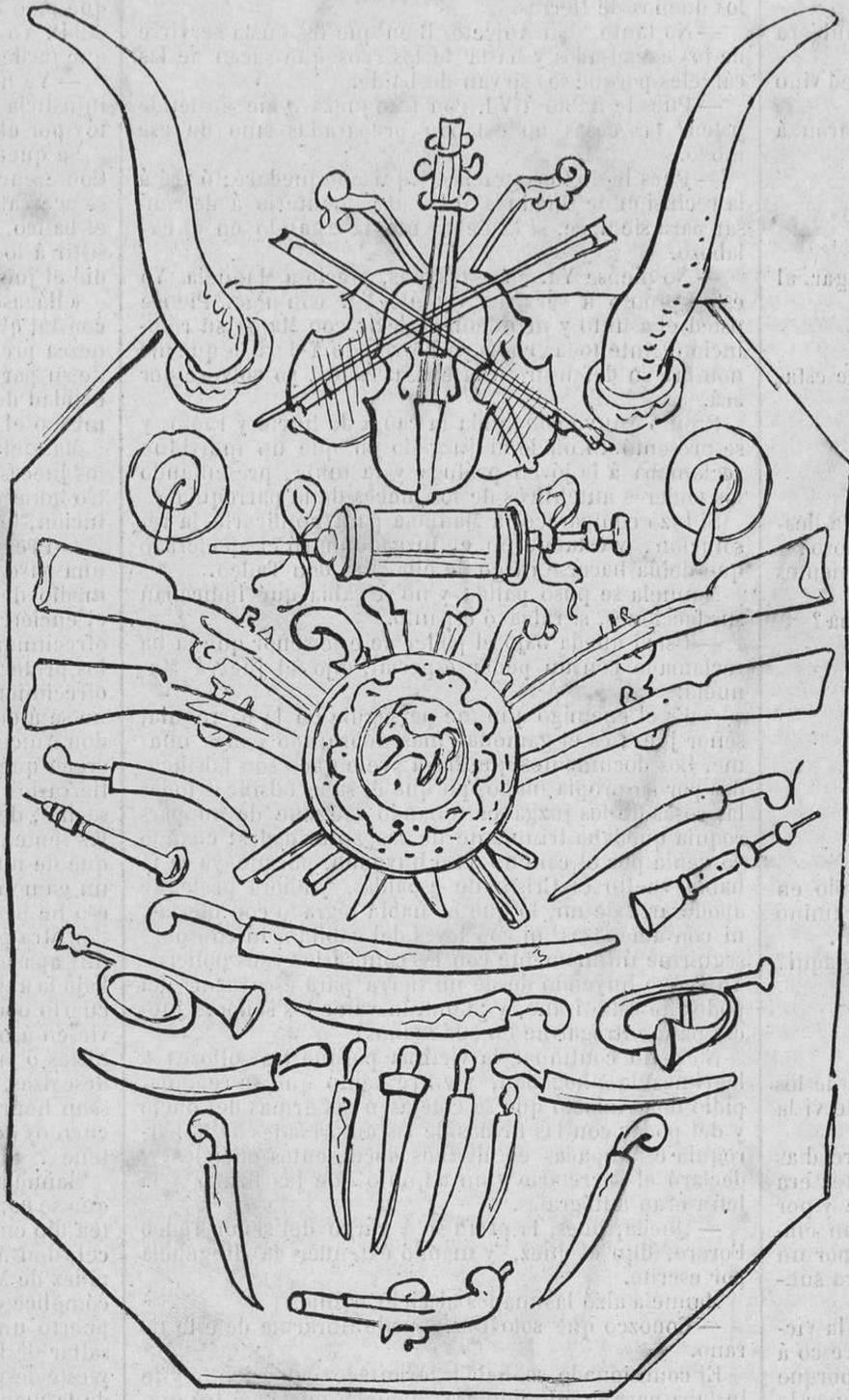
La libertad se sentia, se palpaba en la parroquia aunque los hacendados gobernaban, porque habia verdaderas garantías, las que dan la justicia, la moderacion, la inteligencia y la decision por la estabilidad de las sanas doctrinas, y de la paz ante todas cosas. Habia caido la república ficticia de don Tadeo, que no era otra cosa que la tiranía encubierta con el velo de la democracia, porque tal habia sido la astucia de aquel gamonal, que por desgracia no es el único en nuestros pueblos.

XXI.

LAS CONFIDENCIAS.

Los pueblos que no sean iluminados por la luz completa de la libertad vivirán en la miseria de los lapones, que no ven la luz soberana del sol, sino á largos intervalos de tiempo. Cuando á los cambios de los gobiernos se siguen las fiestas y cesan las persecuciones y los conatos de la reaccion, se puede asegurar que el cambio, si no era absolutamente justo y necesario, era por lo menos popular. Esto fué lo que sucedió con la caída de don Tadeo. Todo el distrito rebosaba de alegría, con excepcion de los tadeístas, los cuales refundidos en el goce comun de las garantías, no tenían, sin embargo, por qué turbar la alegría de la parroquia.

Manuela brillaba con la dicha del noviazgo, que es la candidatura del puesto mas elevado de la mujer; Dámaso cruzaba la calle del Caucho á la luz del dia; la marrana de Manuela se revolcaba en todos los pantanos de la parroquia y sus ejidos; y el burro cargero rebuznaba y corria por las calles como si jamás hubiese conocido á los policías. Los parroquianos se reian, comian, bailaban y conversaban sin temor de los esbirros ni de los espías. La libertad se sentia en el bienestar de los ciudadanos, tanto descalzos como calzados, aunque don Demóstenes no la predicaba ahora como lo hacia pocos dias antes don Tadeo, suscitando el odio



Le puis mettre ai Piedi il naufragio in Avoria prima del butti fuoco?..

Un dibujo original de Rossini.

de los ciudadanos de quimbas contra los ciudadanos de botas fuertes. La libertad era un hecho que se sentia por todos, como se siente el calor del sol aun por los que son ciegos de nacimiento.

Despues de haber estado Manuela escondida en el zarzo, aislada en una roza de maiz, y presa en un calabozo de la ciudad de Ambalema, su familia, sus amigas, su lavadero y su libertad la tenían ahora extasiada. Recibia frecuentes visitas, en todas las cuales tenia ocasion de relatar algo de su viaje al Magdalena.

Un dia despues de volver del charco del Guadual se hallaba Manuela en el dintel de la puerta de la sala, con vista á la calle y á la hamaca, donde estaba leyendo su amado libertador, y luego que este cerró el libro por haber terminado un párrafo interesante, le dijo ella:

- ¿Y para qué estudia Vd. esos libros de amores?
- ¿Cómo, para qué?
- ¿No tiene hartos amores verdaderos para divertirse, sin echar mano de historias que sacan de su cabeza los que no tienen oficio?
- ¿Yo amores? ¿y hartos amores? ¡Vaya una ocurrencia bien estrafalaria la tuya!
- ¡Ajá! ¿No tiene Vd. amores de número 1º, de número 2º, de número 3º y de número 4º?
- ¡Y así ha de conversar!
- ¿Y me lo niega?
- Te lo niego; y así son todos los cuentos de las mujeres.
- ¿Y lo que vemos, y lo que oímos?
- ¡Ilusiones!

— ¿Es decir, que Vd. me niega los amores de la catira de Bogotá?

— Esos se acabaron, porque ella se denegó á seguir mis opiniones religiosas; ¿no te lo dije?

— ¿Y mi señora Clotilde, la del Retiro?

— Eso no tuvo efecto. Imposible, estando de por medio Juanita, que se quiere vengar de sus calabazas en cada amante que ve. Y luego la muerte de la guacharaca y la expropiacion de la mantequilla, y la vergüenza que tuvo Clotilde de salir con un tambor cruzado por el comejen, y mis manos sucias con la mugre de las manos de Rosa: todo parece que lo hizo el diablo en ese dia de la visita.

— ¡Válgame Dios! no sea Vd. tan perro. Pero vamos adelante con la cuenta. ¿La catira de la parroquia?

— ¿Cuál catira?

— Mi prima.

— ¿Cuál prima?

— ¡Ahora sí! ¿Con que Vd. no conoce á Marta?

— ¿Marta? ¿Qué hay con Marta?

— Usted sabrá; Vd. que ya no quiere salir de su casa.

— ¿Yo?

— No: Ayacucho.

(Se continuará.)

Un dibujo original

DE ROSSINI.

El genio de Rossini era una potencia en la música; pero fuera del mundo armónico donde reinaba como soberano, tenia tambien sus pretensiones el ilustre compositor. Por ejemplo, en materia de economía y de cálculo el autor de *Guillermo Tell* se creia muy suspicaz, y sabido es que supo colocar perfectamente sus intereses.

Pero hay un punto curioso de la vida del gran maestro que han ignorado hasta hoy los cronistas: nos referimos á sus disposiciones para el dibujo.

Sobre este punto hemos recibido una interesante comunicacion que no vacilamos en insertar en nuestro periódico. Nadie conoce á Rossini como dibujante; y el dibujo original que aquí publicamos demostrará cuán aficionado era á la simetría.

Hé aquí la carta que acompañaba al dibujo:

«Tengo la buena fortuna de poseer un dibujo hecho por Rossini, mientras hablaba conmigo del arreglo de un trofeo de armas y de instrumentos de música.

» El dibujo en cuestion demuestra que no le habian faltado en la artes plásticas el orden y la armonia que existen en sus obras musicales.

» Al trazar ese dibujo tan bien compuesto, el maestro me explicaba la presencia de la famosa jeringa de marfil que pasará á la posteridad...

» ¿Cuántos cuentos no se han forjado sobre el asunto! Hasta han llegado á decir que el maestro la empleaba para regar de cierto modo sus macarrones, cuando los hacia para obsequiar á sus amigos.

» Sin embargo, yo creo que el autor del *Barbero*, ha limitado siempre su intervencion en el arte culinario á mirar su reloj un cuarto de hora antes de la comida para advertir á la cocinera que era tiempo de poner los macarrones.

» En este trofeo, me decia, tengo mis instrumentos de cuerda (violín, viola y viola de amor); instrumentos de viento (trompas, oboe y gaita); instrumentos de percusion (timbal, triángulo y castañuelas); un instrumento de fuego (un *briquet* ó bolsa de lumbres que se enciende tirando un pistoletazo); pero para completar esta coleccion me faltaba un instrumento de agua, y ese objeto, digno de M. de Pourceaugnac, es el *stradivarius* de las jeringas. Desafío á que me presenten su igual como obra de arte.»

» El padre de Rossini habia recogido los dibujos infantiles de Gioachino, que manifestaba grande afición á la pintura; pero ¿qué ha sido de ellos?

» Celebro poder publicar este dibujo, quizás el único que haya trazado el inmortal genio de Pesaro.

» E. DOUSSAULT. »